PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835, U. T. 62, Mitre, 0594 — BUENOS AIRES, MAYO DE 1927 — Año IV N.° 31

La campaña pro E. Mañasco

Sin temor a equivocarnos, podemos decir que la organización, en la campaña realizada en pro de la libertad de Eusebio Mañasco, ha obtenido ya su primer éxito. Y no es pequeño éste. Todo lo que se ha dicho, todo lo que se ha hecho, ha tenido la virtud de llevar al conocimiento de todo el mundo cosas que, hasta ahora, la mayor parte de las gentes ignoraba.

Ha servido, en primer lugar, esta campaña, para exaltar nuestra personalidad, destacando el valor de nuestras instituciones de resistencia, cuya obra altamente civilizadora, sobre todo en la región en que Mañasco actuó, y en el Chaco, y en Formosa, y en otras regiones tan apartadas como estas adquirió los contornos de una verdadera epopeya: la epopeya del Trabajo esclavizado luchando desesperadamente por libertarse y adquirir la importancia que realmente tiene y que sólo ahora, y en virtud de los que a él viven sujetos por la ley de hierro de la necesidad, comienza a asignársele.

Sirvió también para demostrar lo que en realidad queda de la Justicia una vez que se la despoja de la aureola a su alrededor formada por sus panegiristas, hombres todos o muy ignorantes o lo bastante inteligentes para comprender que ella no es más que la codificación de un derecho brutal que sanciona el crimen y el robo perpetrados por ese derecho tan discutible y tan inicuo de la fuerza, casi tan antiguo como el mundo, base sobre la que cimentó su poder y su grandeza Roma, inspiradora de la Ley moderna, fuente en la que han ido a beber, para poder conservar sus privilegios, obtenidos hoy como ayer por la fuerza—de las armas o del dinero, no importa,—los legistas de la clase dominante.

Los jueces, las policías, todos los instrumentos, en fin de la Justicia, han aparecido así reducidos a la categoría de hombres vulgares, con todos sus defectos, sus pequeñas y grandes miserias, su sumisión servil al más fuerte, al más poderoso, al más audaz. ¡Ellos, considerados generalmente como intangibles, insobornables, íntegros, ajenos a otro interés que no sea el de su ministerio, dispensadores de la vida y de la muerte, guardianes del honor y de la hacienda de los hombres, ciegos instrumentos de la Ley, por encima del resto de los hombres, a quienes juzgan!...

Servirá también la campaña, lo creemos firmemente, para conseguir la libertad de nuestro compañero, reintegrándolo a las actividades que su prisión interrumpió; que el principio de Justicia, por cuyo prestigio deben velar los poderes constituidos, vacila y peligra cuando se les discute, se señalan sus errores, sus fallas, sus arbitrariedades. Y es en este principio que está basada toda la autoridad moral del Estado. Sus hombres dirigentes, pues, para salvarlo, para evitar que se desconceptúe, nos lo devolverán a Mañasco, al bravo propagandista de nuestros ideales en la tenebrosa región misionera, al gran organizador de sindicatos, al buen compañero leal y sin tacha.

Alegrémonos desde ya, entonces, que ese resultado habrá sido un triunfo más de la organización sindical, demostrativo de lo que puede la unidad de acción de los trabajadores.

Es deber de todo compañero sindicado concurrir al mitin del 1.° de Mayo que patrocina la U. O. Local de Buenos Aires.

Lo que enseña la experiencia

A los idealismos en la organización obrera es preciso oponer un materialismo definido y firme para hacerla eficaz

Todos los obreros que se preocupan de la organización de su clase y la juzgan desde el punto de vista de la eficacia para cumplir sus fines, que son la conquista de posiciones más y más preponderantes en el medio económico de la sociedad, se lamentan de la honda crisis que la postra y sume en la impotencia. Donde quiera que dirigen la vista, ven la desaparición o el estancamiento de los cuadros sindicales, y su espíritu fatalmente es invadido por el pesimismo, que cunde así como una enfermedad de aspecto progresivo en la clase trabajadora.

Este fenómeno de regresión sindical tendría una pasadera explicación si en los demás órdenes económicos del país se hubiera producido previamente una detención de las actividades, por ser el caracter del régimen capitalista que sus depresiones repercutan directamente en la clase trabajadora.

Aunque esta relación de dependencia en el orden material, que hace extender las crisis económicas del plano de las finanzas hasta el de las actividades manuales, recayendo sobre éstas en forma de paros de trabajo con la triste secuela de la miseria en los hogares obreros, no puede significar necesariamente una desorbitación de su pensamiento, un desquicio de su organización. Cuando esto sucede, parece sensato atribuirlo a que su mentalidad no es el producto de una conciencia elaborada con elementos propios, en el ambiente de una organización obrera autónoma, para la cual las dificultades económicas son un aliciente más para su prestigio por hallarse en ella los recursos únicos de defensa. Lo lógico en este caso es pensar que falta sentimiento de clase y que se obra por sugestiones extrañas, dimanadas de elementos al margen de la clase obrera y con moral burguesa: así las crisis económicas al pesar materialmente sobre la clase obrera lo hacen asimismo sobre su espíritu, desatando los lazos de la solidaridad, la que se transmuta en lo insolidario de las luchas intestinas y en el retorno de los obreros a la triste condición de masa inorgánica, rindiéndolos fácil presa del capitalismo, que se rehace a su costa.

Entre nosotros no pasó esto precisamente, sino algo peor; en pleno progreso capitalista perdió su empuje la organización obrera; en los momentos de su auge, cuando se estaba a punto de terminar su unidad nacional, en un solo cuerpo extendido por todos los ámbitos del país—unidad trabajada en la mayor tensión espiritual, a través de un encadenamiento de luchas obreras las más numerosas y grandes de nuestra historia revolucionaria,—cuando las mejores esperanzas podían abrigarse en la intervención de la organización obrera en el desarrollo económico, y por lo tanto político del país, en línea paralela al propio capitalismo, los vínculos solidarios corrompiéronse y las unidades sindicales, no bien unificadas aún en el cuerpo general, las que no se diluyeron se distanciaron, ya materialmente, ya en espíritu. Y se produjo el fenómeno de una clase trabajadora abándonando desorientada sus posiciones de combate, ante un capitalismo nacional floreciente que, con éxito, se iniciaba en la conquista de puertos extranjeros para sus manufacturas.

¿Por qué, si ha de coincidir el progreso de la organización y su ardor combativo con la potencia del capitalismo, se producía esta antítesis de la predicción marxista? Porque, a pesar de su volumen material, la difícil tarea de su independencia espiritual no estaba más que esbozada; el internacionalismo, en lo que tiene de menos práctico y beneficioso, la sujetaba a las orietaciones morales del proletariado activo de los centros capitalistas europeos, del que adoptaba sus normas y nutría su pensamiento, sin la necesaria adaptación que dictan el ambiente y el lugar. Y de esa misma fuente no todo lo que manaba era agua cristalina. El proletariado europeo rendía fuerte contribución a ideales y decisiones de acarreo burgués, con su carga de sofismas dirigidos a negar toda definición de clases, que es la verdad fundamental del materialismo histórico.

Así, a raíz de la formidable guerra, que debió ser el suicidio del capitalismo como régimen de explotación del proletariado, si se hubiese encontrado con una clase obrera capacitada para heredarlo, ésta, por lo contrario, quedó enredada en la accidental desorientación de aquél y, cuando más necesario le fué demostrar su aptitud para tomar en sus manos la dirección económica o, por lo menos, para impulsar las formas de producción hacia el cauce de sus fines teóricos, sólo evidenció la flaqueza de su conciencia de clase y el dominio que en su espíritu tenían los más diversos ideales emanados de la propia burguesía. Triste y trágico estudio de la historia proletaria que dió el espectáculo de su fragmentación en facciones que se destrozaron mutuamente y que sólo cesan en su guerra intestina a medida que el capitalismo se rehace y afirma nuevamente su preponderancia, demostrando en forma acabada con ello que no sólo sufre de éste una servidumbre económica sino también espiritual.

Cargados nosotros con idéntico linaje de ideologías, no pudo nuestra organización librarse de caer en los mismos males y obró su liquidación en igual confuso desorden de tendencias, conduciéndose en todo a la inversa del capitalsmo nacional, que puso a prueba su carácter independiente, hábil en aprovechar las ventajas de la solidaridad internacional y rehuir sus inconveniencias, libre como es de ideologías y de ideatismos trascedentales.

Defraudó nuestro proletariado esta singular oportunidad, que aun cuando tarde en reproducirse, no será tan lamentable como su tardanza en ponerse en condiciones orgánicas para reemprender la marcha por el camino en malhora abandonado, que lo conduzca de nuevo al incesante combate departido por nuestro desarrollo económico, sin cuya escuela práctica no se logra la unidad en el pensamiento, imprescindible para alcanzar aun los más cercanos anhelos.

En homenaje al 1.° de Mayo

Este 1.° de mayo debe ser para nosotros, los obreros de la Industria del Mueble, el punto de partida para la reorganización de nuestras fuerzas sindicales.

Un período de crisis de trabajo relativamente prolongado ha ido atenuando nuestros impulsos combativos, se fueron desmoralizando los militantes y se llegó en ciertos momentos a una postración total de nuestras fuerzas, lo que permitió a los capitalistas reducir la importancia de ciertas conquistas, en unos casos, y en otros retrotraer las condiciones de trabajo a una inferioridad que ya se creía extinguida para siempre.

Hay lugares donde el trabajo a destajo fué impuesto nuevamente, donde las 44 horas han desaparecido, corriendo igual suerte otras conquistas que fueron causa de fuertes luchas para conseguirlas.

Afortunadamente, esta situación sólo afecta a una reducida parte del gremio, siendo la más castigada aquella que realiza un trabajo inferior.

No se trata, pues, de reconstruir un edificio demolido, sino de restaurar ciertas partes del mismo, para hacerlo más confortable. Tal es la labor de ahora.

La Comisión Administrativa ya estudió esta situción, resolviendo ponerle fin. Para lograrlo, comenzó por la reforma del sistema de cobranza, de manera que la organización mantenga contacto directo con cada uno de sus componentes. Este contacto se verificará en el mismo domicilio de los trabajadores sindicados, cuando él no sea posible en los lugares de trabajo, y por este contralor se llegará a conocer la actividad de cada uno, para corregirla si fuese perjudicial a los intereses de nuestra colectividad. Este contralor regirá en breve.

Con la medida de la Comisión Administrativa, no quedará, ciertamente, todo resuelto; pero se habrá dado un gran paso en ese sentido. Lo demás vendrá, no tanto por mérito de la Comisión como por el concurso de todas las fuerzas del Sindicato, indiscutiblemente importantes, y más por estar integradas por hombres avezados a esta clase de labor reorganizadora.

Debemos llevar nuestra organización a la altura que antaño le permitió fiscalizar con eficiencia los talleres y las fábricas e imponer condiciones de trabajo más humanas, sin descuidar la disciplina de sus elementos más inadaptados por efecto de influencias capitalistas.

Esto, que indudablemente requerirá un gran esfuerzo, no lo será tanto para nosotros que ya en otra oportunidad hemos alcanzado ese bienestar y no nos son desconocidos los medios de realizarlo.

Es cuestión, simplemente, de un poco de voluntad, que esperamos sabrá brindarla el gremio, como el mejor homenaje a la fecha de hoy, nunca mejor interpretada como cuando se le ofrecen propósitos de mejoramiento obrero... y esos propósitos se cumplen.

Es concepto elemental que sin organización el proletariado no podrá abandonar su situación servil a discreción del capitalismo, de simple mercancía sujeta como todas al juego económico de la oferta y la demanda; y no es una organización cualquiera la que permite establecer su conciencia de clase, sin aquella única que no tolera otros elementos espirituales más que los que genera ella misma, de igual modo

que repudia la inserción en su seno de todo individuo ajeno a los intereses materiales inmediatos que informan su constitución. Esta intolerancia es su virtud, como lo es en todas las agrupaciones en que los hombres se unen por intereses materiales, y no hay en la organización obrera sindical otro orden de intereses; se equivocan quienes le atribuyen fines morales de cualesquiera órdenes, ya sean filontrópicos o simplemente políticos, sin que esto signifique que la filantropía y la política dejen de ser una consecuencia natural del buen encarrilamiento de los intereses materiales del sindicalismo.

Pero aun en la hipótesis de que este género específico de organización fuese estéril de idealidades, cosa de imposible demostración, ella ostentará siempre su originalidad superior al desarrollarse en puros objetivos materiales de bienestar económico, si lo hace dentro de un marco de severa autonomía, pues en definitiva el proletariado no puede anhelar lo que ya tiene de sobra, que es la libertad de pensar como le dé la gana y de atiborrarse de todos los ideales mesiánicos o no que vuelan por el mundo, sino el abandono de su situación inferior en la sociedad por su condición de desposeído. Poseer, pues, bienes materiales es el objeto primordial de una organización obrera esencialmente materialista como lo es la sindical, tan esencialmente materialista, que la perturba, inutiliza y liquida toda incursión ideológica llevada del exterior a su seno, sea ella de clasificación revolucionara o conservadora.

Desgraciadamente es común en los obreros que se creen revolucionarios su repugnancia por el planteamiento de la emancipación proletaria sobre bases de concreción material y su placer por llevarla al plano de las especulaciones ideales, donde pueden darle juego libre a la imaginación y satisfacer el goce sin trabas de la controversia desprovista de acción. Con esto indudablemente descargan de modo platónico sus arpiraciones de libertad, pero es un procedimiento mediocre que deja intangible su esclavitud real. El capitalismo conoce los beneficios que le reporta esta válvula y contribuye subrepticiamente a que todos la usen a su sabor. La revolución en el plano de las ideologías no solamente no lo perjudica sino que es un terreno fértil en discusiones de la clase obrera que imposibilitan o seccionan su organización sindical, lo único temible. De lo que el capitalismo se cuida es de no tener a su frente una organización obrera que no plantea problemas morales, ni discute casos de conciencia, ni siquera invoca principios de justicia, pero que con acción coactiva cercena sus privilegios, toma contralor en la producción, dicta su propia ley de trabajo, y dispone cuáles han de ser los beneficios de éste, trasmutando así, por el único medio posible, el mundo moral, pues éste no cambia si antes no cambian los modos de producción.

Cuando nuestros obreros que pueden hacerlo y están en el deber de hacerlo limpien su pensamiento de toda esa hojarasca idealista que tomaron de prestado para discutir la forma en que se hará la revolución, quedarán sin duda más pobres de palabras, pero más ricos del sentido de la realidad para ver cuán ilusorio es discutir métodos revolucionarios sin tener con qué llevarlos a efecto y la imposibilidad de tenerlos jamás por ese camino.

Las cosas están ante la vista, pero no se ven si no se miran con ojos limpios, si no se eliminan los prejuicios ideológicos que invierten la visión del camino positivo que debe conducir a la masa trabajadora a constituirse en clase definitiva y orgánica ante el capitalismo.

En tanto se reincida en superponer a los objetivos materiales inmediatos de la organización sindical finalidades extrañas a su índole, sin otro objeto que adscribirla a agrupaciones políticas o antipolíticas, lo que es la negación de su personalidad autónoma, así tiendan éstas a la transformación del Estado o de la sociedad por medios revolucionarios, etc., etc., el resultado será el mismo que una triste experiencia nos señala: carencia de organización obrera concertada e incapacidad, por lo tanto, de la clase trabajadora para abandonar una situación de víctima inerme en las fauces de un capitalismo precisamente fuerte por su limpieza en materia de ideales que le traben el impulso de su múltiple actividad.

Si para nosotros hubiera de haber hoy un ideal que entre obreros de espíritu libre no admita ningún género de disputa por su naturaleza esencialmente obrera de clase, será aquél capaz de materializarse en una organización independiente y realista; el ideal de una organización sin «ideales». Así ha triunfado el capitalismo, y en ninguna parte se ve que demuestre por ello arrepentimiento. No es saludable seguir los consejos del enemigo, pero sí asimilarnos los métodos que a él condujeron a la victoria.

JUAN PALLAS.

EXULTACION

De nuevo canto el Día de los Trabajadores.
Otra vez más saludo el jubiloso rayo
del sol que en mis cristales grita con sus fulgores:
¡Es primero de mayo! ¡Es primero de mayo!

Cuando salté impaciente del lecho esta mañana,
libre de la fatiga de la constante guerra,
pude ver a la aurora, magnífica y ufana,
con su pendón de púrpura embanderar la tierra.

En las grupas del viento palpitó de la aurora
el alma hecha de cantos y de luz y de flores.
Y no cortó esos cantos el hacha de la hora
que del taller despierta los rispidos fragores.

Fuí hacia mis compañeros, el corazón en fiesta
y en los labios un fresco racimo de canciones:
« Una canción cantemos todos juntos, que ésta
no vendrá a interrumpirla la voz de los patrones».

Resplandeció en los labios la sonrisa; en los ojos
la luz de una esperanza relampagueó triunfante;
«¡que sacudan sus alas los pabellones rojos,
y el sol de la alegría nos posea un instante!»

«Dejad tranquilo el yunque; deponed el empeño
de la labor, y vamos todos, todos al ara
del Ideal glorioso, a vivir el ensueño
que a través de las sombras nos alienta y ampara.»

«Tras de nosotros quedan los dolores sufridos.
Delante están las cumbres del ideal: ¡marchemos!
¡Que florezca un recuerdo de amor a los caídos
por la causa del hombre, pero no los lloremos!»

«No hay que llorar. El llanto es valor y energía
disueltos que desangra nuestro espíritu en pena.
Sea nuestro homenaje en gloria del día
un himno de alegría y una razón serena.»

¡Oh, las fértiles ansias de redención; los rudos
afanes de la lucha; los anhelos que hoy pasan
tras las rojas banderas!... ¡Oh, los brazos nervudos
que con su sudor de sangre el Porvenir amasan!...

¡A sentirnos hermanos en dolor e ideales;
a templar nuestras fuerzas contra todo desmayo;
a fatigar el bronce de los himnos triunfales!...
¡Es primero de mayo! ¡Es primero de mayo!

EMILIO FRUGONI

Por qué no soy patriota

Soy un obrero, un explotado, un desheredado del actual régimen y como todos los de mi clase no poseo nada—ni me poseo a mí mismo—en lo que ha dado en llamarse «patria», pues no soy propietario ni copropietario de una patria, al revés de los señores burgueses que son dueños de las casas, campos, fábricas, talleres, etc., y hasta del producto de mi trabajo.

Dicen que debo amar el suelo en que nací; pero es el caso que yo no siento cariño por ese suelo, por cuanto no es mío y de él se me desaloja violentamente si no pago el alquiler. Yo no puedo amar una cosa que, además de no pertenecerme, es la causa de una gran parte de mis males. En efecto, ¿qué hace la patria por mí?

Ella ampara la inicua explotación y vejámenes de que soy víctima, y, para colmo, me obliga a defender a precio de mi sangre, de mi vida, ese suelo ageno y las riquezas que mis compañeros de infortunio y yo hemos creado para nuestros verdugos. Ella legaliza con sus leyes el despojo para mi clase en favor de la enemiga.

¡Ella sanciona como un dogma sagrado el robo y el crimen!

Para mí y los otros trabajadores la patria exije deberes y más deberes; para mis tiranos consagra derechos y más derechos.

Para los individuos de mi clase no hay patrias. En cualquiera de ellas se nos trata como parias; vivimos explotados en la Argentina como en Inglaterra e Italia... Por eso tanto me da que el país en que nací sea gobernado por burgueses argentinos, ingleses o de la gran China.

La patria sólo puede ser patrimonio de los capitalistas en virtud de los derechos que tienen sobre ella, y como el derecho contemporáneo no existe sin propiedad, es precisamente en razón de ese derecho, para perpetuarlo, que los interesados proclaman intangible el dogma de la patria.

Y es por estos títulos de propiedad que los poseedores luchan muchas veces entre sí para extender sus dominios o conservarlos; entonces se producen las guerras, por lo cual hacen un llamado a la fuerza, y es para obtener esa fuerza, que sólo existe en los proletarios, en los desheredados como yo, que se empeñan en imponer como un deber divino la devoción a la patria.

Este deber de amar a la patria, los privilegiados de todo el mundo han logrado desarrollarlo en los pueblos inculcando una educación hipnotizadora, principiando en las escuelas primarias con textos y programas que son verdaderos ditirambos laudatorios a la patria y a los aventureros llamados próceres, para continuar luego, con pocas variantes, en todas las manifestaciones públicas y privadas de la vida social.

El culto por la patria es la prolongación del culto religioso. La burguesía moderna ha substituido el primero al segundo, descolgando de las paredes los santos del calendario religioso para colgar las hieráticas efigies de generales y símbolos patrióticos; con lo cual los proletarios como yo no han ganado nada en el cambio.

El papel que desempeñamos los trabajadores en las patrias es el de carne de cañón durante las guerras, cosa que no es nada halagüeña y que, por poco que pensemos en ello, la más fuerte indignación debería hacernos crispar de ira nuestros puños, maldiciendo mil veces la patria de nacimiento y todas las patrias habidas y por haber.

Ninguna de las ventajas obtenidas por los capitalistas en sus patrias llega hasta nosotros, pues el engrandecimiento de una de ellas representa el empequeñecimiento de otra. Pero esto no obsta para que los invasores de una patria llamen al pueblo «en nombre de la sagrada necesidad de la expansión territorial, etc.» y los invadidos hagan otro tanto «en nombre de la patria en peligro». De donde resulta, que los que no tenemos nada que defender, por cuanto no nos va ni nos viene que tal o cual territorio sea propiedad de tirios o troyanos, somos, a pesar de todo, los condenados a pagar el tributo de sangre, sembrando de cadáveres proletarios los campos de batalla.

¡¡Cómo es posible entonces que yo ame a la patria!!

Por eso, cuando alguien pretende convencerme de que debo ser patriota, o creo que se burla de mí o que mi interlocutor es un imbécil.

L. T. V.

Por Sacco y Vanzetti

La U.S.A. efectuará un paro de 24 horas

Respondiendo a los anhelos de solidaridad de la clase trabajadora del país, la U. S. A. efectuará un paro de 24 horas para testimoniar sus simpatías por los compañeros Sacco y Vanzetti, condenados a muerte por el capitalismo norteamericano.

En este sentido ya el Comité Central se ha dirigido por circular a todos los sindicatos del país a fin de que con la cooperación decidida de los mismos, la protesta por la referida condena adquiera el máximo de intensidad.

El paro se efectuará el 15 del próximo junio.

El mitín del 1.º de Mayo

Por la libertad de Mañasco y Sacco y Vanzetti

Como es costumbre, la U. O. Local efectuará este año una manifestación pública que, a más de su carácter tradicional, tiene por objeto reclamar la libertad de Eusebio Mañasco y protestar por la condena de Sacco y Vanzetti.

Si de ordinario el mitin de la Local asume grandes proporciones, el de este año debe sobrepasarlas por las razones apuntadas.

Ningún obrero debe abstenerse de concurrir a él.

A continuación damos el itinerario de la manifestación:

Primera columna.—Punto de concentración, Caseros y 24 de Noviembre, a las 14,30 horas; siguiendo por Rioja, Independencia, Rincón y Méjico.

Segunda columna.—Punto de concentración, Pedro Mendoza y Almirante Brown, a las 14 horas; siguiendo por ésta, Olavarría, Patricios, Defensa, Caseros, Bolívar, E. Unidos, Entre Ríos, Méjico y Rincón.

Reunidas ambas columnas, seguirán por rincón, Belgrano, Sarandí, F. Uriburu, Cangallo Pueyrredón y Corrientes.

Tercera columna.—Punto de concentración, Triunvirato y Canning, a las 15 horas; siguiendo por Corientes hasta Pueyrredón.

Unidas las tres columnas parciales, se continuará por Lavalle hasta la plaza del mismo nombre, donde ocuparán la tribuna los oradores al efecto designados.

UN NUEVO COBRADOR

Deseando establecer la cobranza a domicilio para ciertos socios, la C. A. acordó nombrar un nuevo cobrador, ya que con uno solo sería imposible tal tarea. El nombramiento ha recaído en el compañero Francisco Maceira.

Los delegados deben impedir la entrada a los talleres a todo obrero que no entregue la tarjeta sindical. A la falta del delegado cualquier obrero debe cumplir esa misión.

Cómo el capitalismo conduce a la guerra

Desde 1907, el genio explendente de Anatole France inspiraba estas palabras proféticas: «La violencia industrial engendra la violencia militar. Las rivalidades comerciales encienden los odios que no pueden apagarse más que con la sangre. El Estado capitalista, como el Estado feudal, es un Estado guerrero. Es el cañón el que fijará las tarifas, establecerá las aduanas, abrirá y cerrará los mercados. Se ha abierto la era de las grandes guerras por la soberanía industrial... El exterminio es el resultado fatal de las condiciones económicas en que se encuetra hoy el mundo «civilizado». He ahí trazadas de mano maestra las grandes líneas del cuadro. ¿Pero cómo la violencia industrial ha conducido a la violencia militar?

En primer lugar hay que darse cuenta de que existe en nuestra época una industria que sobrepasa y que manda a todas las demás: la metalúrgica. Esta industria produce no sólo obuses y blindajes, fusiles y cañones, sino también los esqueletos de las casas, el utilaje de las fábricas y del campo, el motor del auto, del avión, del navío y del tren, construye puentes y los hilos que transportan la energía y el pensamiento. Por todas partes en que entra el metal ella está en su casa y domina. Que desaparezca y todo se hunde. Dibuja verdaderamente la osamenta; es el símbolo de la alta industria.

Está fuertemente organizada. Después de 60 años, pacientemente, en cada país, se agrupa, se aglomera en sociedades, ententes, comités, truts y cartels.

Después vienen las finanzas. Se ayudan. Detrás de cada uno de estos vastos grupos se descubre una banca. El metalúrgico y el banquero se han unido estrechamente sobre la espalda del Trabajo, buena bestia de carga. El hierro y el oro se han fusionado; han realizado, mejor que una alianza, un ayuntamiento irreductible.

EL CAPITAL Y LA PRENSA

En fin—y he aquí el verdadero secreto de su potencia—en cada país la feudalidad del metal domina la gran prensa. Primeramente, tiene órganos oficiales, de los cuales ella es con frecuencia el único accionista. Pero los otros diarios no le escapan. Sus patronos, interesados como ella, en el mantenimiento del orden establecido, inquietos por iguales peligros, ávidos de igual botín se inclinan espontáneamente a servirle, aunque sólo sea por espíritu de casta y solidaridad de apetitos. Pero una ley más inflexible les obliga: actualmente los grandes periódicos no pueden vivir sin publicidad. Son paredes en las que se alquila el derecho de anunciar. Y la finanza industrial, inquilina principal, abundante en favores, está allí como en casa propia.

Entonces, dueña de este formidable instrumento, se sirve de él para fabricar la opinión. Esta labor es fácil, puesto que nosotros vivimos en un tiempo en que la masa sabe leer pero no sabe reflexionar. El lector no discute lo que dice su «diario». Lo cree ciegamente. Para él cada artículo es un artículo de fe.

Lo traga con los ojos cerrados, como si fuese una hostia. Se lo asimila y lo mezcla con su propia substancia haciéndolo carne de su carne. Y pronto toma esas ideas sugeridas, como ideas personales. En una palabra: las adopta, son sus hijas. Además, su periódico piensa por él, pero él cree que él piensa por sí mismo. Gracias a esta credulidad es extraordinariamente fácil a los que disponen de la prensa dirigir la masa.

Ahora nuestros dueños—nuestros verdaderos dueños—consiguen lo que desean: disponiendo de la multitud, disponen de los hombres en el poder. Quienquiera que haya vivido en los pasillos de la política sabe bien que las gentes de posición están animadas ante todo del deseo de permanecer en sus puestos, y los otros del deseo de suplantarlos. Ministros y ministrables se parecen a viejos colegiales que juegan al escondite. En busca de una mayoría necesaria a sus ambiciones, unos y otros olfatean viento, escrutan los periódicos, escuchan a la multitud. Murmuran: «El país se inquieta... el país se irrita... Hay un ambiente... Hay un movimiento de opinión...» Pero la opinión son nuestros feudales que con el clarín de la prensa han hecho pensar como querían. La opinión son ellos, que la han decretado, que la han impuesto... ¡Ah! ¡Cómo deben reir de estas veletas que se orientan en el sentido que el viento sopla, de estos fantasmas que creyendo satisfacer la opinión no hacen otra cosa que obedecer órdenes! ¿Creéis que todos esos son responsables? No. Ellos no son más que abogados que defienden, sin saberlo a veces, los intereses de la gran industria.

EL PODER CAPITALISTA

No busquéis el poder en los palacios ministeriales o reales, ni dentro de los parlamentos. El verdadero poder lo encontraréis en el Consejo de algunas sociedades esparcidas por la ciudad. No creáis, sin embargo, que estos comités de finanza o de industria estén aislados los unos de los otros. Se comunican estrechamente. En efecto, un mismo administrador toma asiento en diez, en veinte Consejos. Son siempre los mismos nombres los que se encuentran en en todas las listas. En resumen, la potencia real en cada país pertenece a un puñado de hombres. Y los más influyentes no son los más visibles: hay por doquier influencias grises. Es allí donde se agitan los grandes intereses privados que determinan los destinos públicos. Es de allí de donde parten las consignas que hay que imprimir en los corazones.

Estos hombres que hacen la opinión y que por eso gobiernan el gobierno, van, naturalmente, a poner su poder sin control y sin límites al servicio de sus empresas. Quieren asegurar su prosperidad, puesto que es necesario que sus previlegios, sus «honorarios» de administradores sean fructuosos, más todavía que el dividendo de sus accionistas. Ahora bien, la doble condición de esta prosperidad es producir y vender. Los motores marchan. Los frutos del trabajo se amontonan hasta llenar los almacenes. Está bien. Pero hay que venderlos. He aquí el drama.

EL COLONISMO

¡Ah! La concurrencia es mala entre los feudalismos nacionales. Primeramente se busca elevar las barreras aduaneras a fin de apartar al extranjero y de poder vender en casa, a capricho, al más alto precio. Después se mira lejos, hacia los países nuevos, hacia las tierras vírgenes, a fin de colocar el riel y el cable eléctrico, y colocar máquinas y cañones. Pero ya los rivales están allí. Entonces se enseñan los colmillos, se arrancan encarnizadamente cada concesión. Y al fin se irritan al encontrar en todos los mercados del mundo concurrentes que les dificultan las ganancias. Hay que salir de esa situación intolerable, agudizada por esta incesante, esta doble necesidad de producir y de vender.

HACIA LA GUERRA

Entonces se decide agitar la opinión a fin de que actúe sobre los gobiernos. Se les obligará a servir su causa, sus disgustos, sus querellas, sus odios, su malestar, sus necesidades. De un golpe de clarín se les lanza a la elevación de los armamentos y efectivos militares y, al mismo tiempo, se hace de ellos aliados necesarios y preciosos de la guerra de tarifas. Una vez más esto se lleva a cabo fácilmente, gracias a la prensa. Se estará en seguida sostenido por un coro de fanáticos, ambiciosos los unos, sinceros los otros, todos ebrios de violencia.

Se tienen algunas vacilaciones, aunque no escrúpulos. Pero la campaña sólo tiende a asustar a los dominadores de enfrente. Se trata de buscar mercados y no golpes. Lo esencial es gritar más fuerte que los otros, para intimidar. ¿Si se acabara por tomarlo en serio? ¿Si se acabara por imponer miedo mútuamente? ¿Si a fuerza de levantar el puño se le dejara caer? ¿Si la guerra económica se transformara en la guerra? En todo caso ¿el horror de la guerra no estaría justificado por la certidumbre de que el conflicto aseguraría inmensos beneficios, que aboliría antagonismos irreductibles, que resolvería una situación sin salida aparente, y, sobretodo que libraría al capitalismo de la marea democrática, de la odiosa amenaza popular?

Además, de la guerra se vuelve, aun cuando se vaya a ella.

Entonces se toca la prensa, como se tocarían grandes órganos, a fin de exaltar la multitud, de lanzar sobre ella esos vapores que la asustan y la emborrachan. El ejecutante invisible, asen-

ACCION SINDICAL

Los fenómenos que se suceden en el taller capitalista y que repercuten en la vida de los obreros sólo empiezan a ser modificados cuando se inicia la lucha contra el patronato.

Al principio se originan conflictos por cuestiones de carácter inmediato que se refieren a la medida del salario, o a la duración de la jornada de trabajo y a la reglamentación interna. El conflicto no resuelto por medio de transacciones produce la huelga.

El patronato, en línea general, acostumbrado a considerar a los obreros como cosas manejables a su entera satisfacción, y aun no aleccionado por las revueltas de sus asalariados, en un primer momento se resiste a ceder a las mejoras o hacer las modificaciones que piden los trabajadores.

Después de agotados los procedimientos propios de la súplica o pedido, los obreros descubren que valiéndose de su calidad de productores pueden hacer ceder al patronato. Les basta con negarse a trabajar. Abandonan los lugares de producción, paralizando o desorganizanod su funcionamiento. De este modo ponen en peligro la organización del consumo. La huelga paraliza, suprime o trastorna la producción, circulación y consumo. Y llevada al límite extremo obligaría a los productores a trabajar para vivir.

La huelga no tiene solamente un valor negativo, que por la fuerza que desarrolla obliga al patronato a hacer tal o cual concesión, o le eliminaría del campo de la producción cuando ella fuera un movimiento general y revolucionario. Es también la expresión del movimiento directo de las masas obreras, y al mismo tiempo provoca una serie de transformaciones en el campo de la producción y del cambio que es interesante seguir para comprender todo el valor revolucionario de la acción sindical de los trabajadores que luchan contra el patronato y el Estado.

Para comprender su valor tranformador y educativo hay que tener presentes las condiciones morales e intelectuales de los obreros que aun no han iniciado la lucha y viven en el taller como lo determina su funcionamiento capitalista, con la correspondiente falsa concepción económica y la moral de esclavos que bajo múltiples formas y manera les fueron infiltradas por el capitalismo y sus agentes.

El obrero piensa ingenua y falsamente que si él trabaja y percibe un salario es porque el capitalista ha querido emplear sus capitales en la producción.

Esta concepción, que es el fondo de todo razonamiento que hace el obrero cuando piensa y discurre sobre asuntos que se refieren a su vida como asalariado, implica la creencia de que el salario y sus variaciones, lo mismo que todo aquello que se refiere a la vida del taller, es determinado por factores extraños a su voluntad, que escapan a su alcance y que el trabajo que le proporciona los medios de vida es debido a la gracia del capitalista, a quien debe agradecérselo.

Las consideraciones teóricas, los razonamientos tendientes a demostrar lo erróneo de tal concepción no llegan a convencer, porque los obreros no saben abstraer, ni generalizar, a causa de su incapacidad para encadenar lógicamente los hechos aislados y porque su mentalidad es profundamente modelada por la burguesía. Y no sólo no llegan a convencer sino que ni tampoco logran transformar la psicología del obrero explotado y sumiso, haciendo de él un obrero revolucionario. Dadas esas condiciones mentales y morales de los obreros es necesario que algo material, bien visible y palpable, se presente a los ojos y consideración de ellos para que puedan comprender y analizar.

La huelga provoca una situación material visible y de tan inmediatos efectos que impresiona viva y profundamente a los obreros. Es una impresión fundamental para la transformación del alma del obrero sumiso.

La huelga es un hecho nuevo que origina una serie de situaciones materiales igualmente nuevas y ni siquiera imaginadas.

Cuando el patrón perdía uno o más obreros por cualquier causa, el funcionamiento del taller no se entorpecía mayormente, y la paralización parcial a que pudiera dar lugar no llegaba a revelarles a los productores el valor y el papel de ellos en el trabajo. Se necesitaba un hecho que por su extensión y efectos inmediatos diera la impresión de que era imposible obtenerse con la salida aislada de uno o varios obreros.

Un hecho grande, inmediato y de conjunto, y no una fragmentación de ese hecho, repetido de trecho en trecho, aisladamente y sin encadenamiento. La huelga en un taller o en todos los talleres es ese hecho.

Ella provoca una situación material en la que intervienen intereses y pasiones, desvinculando a los obreros en sus relaciones con la producción y con el patronato. El trabajo se paraliza, los obreros han dejado de producir, el taller está sin vida y los instrumentos de trabajo inertes, el capital no gana y los capitalistas no son capaces de poner en movimiento nuevamente los talleres después de la deserción de los obreros.

Es una situación tan real y tan tangible que en el cerebro de los obreros se despiertan reflexiones y hacen comparaciones y consideraciones hasta entonces nunca hechas. Ven que el taller ha caído en la inercia por su sola voluntad; y que la continuidad de la producción depende de sus esfuerzos.

Es una enseñanza que les brinda la experimentación que están haciendo en los momentos de lucha. Y ella no tiene el simple valor de una constatación objetiva, sino que trae aparejada la consiguiente exaltación personal del obrero como productor y elemento activo y vital del taller capitalista.

La falsa concepción económica y la moral de esclavos empiezan a ser sacudidas y transformadas. La frecuencia de las huelgas, por la repetición de esa situación material, repite y produce las mismas o parecidas impresiones, que se fijan y terminan por convertirse en las nociones imborrables de una nueva concepción económica y una nueva psicología que se va formando.

La acción directa de los obreros provoca situaciones claras que sirven de pedagogía social profundamente fecunda.

El patrón aparecía como hombre *bueno* o *malo*, con ideas *viejas* o *nuevas*, como *filántropo* o *déspota*, como *judío, masón, católico, liberal* o *demócrata;* pero durante el conflicto se presenta como lo que es en la realidad de la vida económica, como capitalista, explotador y opresor de los trabajadores.

El mayor o menor vigor del ataque de los obreros pone en serios apuros la ganancia patronal, y el capital, guiado por su interés inmediato y por la conservación de su prestigio y autoridad en el taller, lucha oponiéndose a las demandas obreras. Resiste o ataca, viéndose en estas circunstancias obligado a presentarse en su calidad de dueño del capital, deseoso de que no disminuya o peligre su ganancia, y en la de dueño del taller, igualmente deseoso de que su autoridad no sea desconocida ni detrimentada en lo más mínimo.

La negativa del capitalista a ceder las mejoras y modificaciones reclamadas por sus obreros y la resistencia que en toda forma desarrolla, es por sí sola una lección práctica y material que tiene la eficacia de hacer conocer a los obreros la función explotadora parasitaria del patronato y de indicarles con precisión quienes son los que se oponen a su mejoramiento y elevación. Y entonces, en vez de ser *agradecidos* al capitalista, como lo eran cuando estaban poseídos de una falsa concepción económica y de un alma de esclavos, empiezan a considerarse como las víctimas de la explotación del dueño del capital y, al mismo tiempo, a romper toda vinculación social con el patronato. Y en lugar de personificar su miseria y opresión en causas generales, abstractas y extrañas a la vida del taller, las comienza a ubicar, de un modo simple y preciso, en el mundo real. Comienza a ver en la organización capitalista de la producción y en la actividad acaparadora del dueño del capital, la causa fundamental de su miseria, opresión y explotación.

Bartolomé Bosio.

Solidaridad con la Federación de C. Navales

Atendiendo a un pedido de la U. S. A. y a otro directamente formulado por la Federación de O. en Construcciones Navales, la Comisión Administrativa de nuestro Sindicato resolvió donar a esta Federación la suma de $ 200 y destinar a la misma entidad el importe de las estampillas a favor de los mineros ingleses y carpinteros de Mar del Plata que todavía falta cobrar a un apreciable número de socios morosos.

Resolvió también la Comisión Administrativa pedir al Comité Central de la U. S. A. que la suma de $ 600 donada por la última asamblea de nuestro Sindicato a beneficio de las organizaciones en lucha—oportunamente depositada en la tesorería de la U. S. A.—fuera destinada a la misma Federación, dada la importancia de la huelga que ese organismo sostiene contra la empresa Mihanovich.

A este respecto la U. S. A. comunicó que la mayor parte de la referida suma ya había sido invertida en otras necesidades apremiantes de la organización y que por lo tanto destinaría a aquel fin $ 250, que era todo lo que restaba en su poder.

Por otra parte, la C. A., en cumplimiento de un resolución de nuestra última asamblea, envió una delegación a la F. O. en C. Navales, en momento en que efectuaba una importantísima asamblea, para expresarle la simpatía de nuestro Sindicato y los sentimientos de solidaridad que le animan, frente a la lucha que sostienen los trabajadores de los astilleros.

El pensamiento expresado por nuestros delegados, fué calurosamente aplaudido por los camaradas asambleistas de la Construcción Naval.

El problema de la reorganización de nuestro Sindicato

El decrecimiento paulatino de nuestro Sindicato, que comienza desde el instante de haberse constituido como organización de industria, viene preocupando a todos los militantes, sobre todo después de haberse constatado los fracasos de los distintos procedimientos usados para obtener su reorganización.

No hay método conocido del que no se haya echado mano para poner fin a este decrecimiento y todos aportaron el mismo resultado negativo, sin excluir el de los comités de reorganización pagados, cuya labor, si bien la más eficiente de todas las realizadas en materia de reorganización, en ningún caso compensaron los gastos a que dieron lugar. Las conferencias públicas, los carteles de propaganda en varios idiomas, los grupos idiomáticos, todo esto fracasó lamentablemente, sin que el Sindicato haya visto aumentar sus filas en un solo hombre. A pesar de todos esos esfuerzos, el Sindicato no sólo no aumentó sus efectivos sino que fué incapaz de mantener los alcanzados al constituirse, habiendo perdido en el breve curso de los tres años de su existencia, cerca de mil cotizantes. Los números que damos a continuación, son la mejor prueba de nuestro aserto.

El primer semestre del primer año de nuestra existencia como sindicato de industria, año de 1924, contábamos con un promedio mensual de 3.133 cotizantes. El segundo semestre de ese mismo año, descendíamos a 2.916.

El año 1925 nuestra condición fué empeorando. El primer semestre contábamos con 2.900 cotizantes, para descender a 2.816 en el segundo.

Esta decadencia siguió acentúandose el año próximo pasado, como lo demuestran estas cifras:

El primer semestre teníamos un promedio mensual de 2.631 cotizantes solamente. El segundo hemos bajado a 2. 199.

Comparando el primer semestre de 1924 con el último de 1926, notamos una pérdida de 935 cotizantes. Pero nuestras pérdidas no se detienen en esas cifras. Ya estamos a principios del primer semestre de 1927 y las perspectivas son de que difícilmente alcanzaremos a tener 2.000 cotizantes mensuales.

* *

La cuestión ofrece otro aspecto que debe ser considerado para apreciar con exactitud las pérdidas reales experimentadas por nuestra organización, muy superiores a las señaladas.

Desde el primer semestre de 1924 hasta la fecha, nuestro gremio experimentó un crecimiento extraordinario. A este crecimiento no fué ajeno el Sindicato, pudiendo afirmarse que ha pasado por su seno todo el elemento trabajador incorporado a nuestra industria. De este elemento que ha desfilado por su seno, el Sindicato nos ofrece los siguientes datos:

Desde el 14 de diciembre de 1923—fecha de su constitución—hasta el 31 del mismo mes, ingresaron al Sindicato 127 socios nuevos. Segundo semestre del mismo año,890. Primer semestre de 1925, 929. segundo semestre, 790. Primer semestre de 1926, 637. Segundo semestre, 746.

Total de socios ingresados al Sindicato desde el 14 de diciembre de 1923 al 31 de diciembre de 1926, 5.131.

¿Dónde están esos cinco mil y pico de hombres que ingresaron a nuestro Sindicato en el término de tres años y algunos días?

En el examen de las cotizaciones, ya hemos notado que no están; peor aun: tenemos ahora mil cotizantes menos que al comienzo de nuestra existencia como sindicato de industria, los que, agregados a los otros que el Sindicato no supo asimilar, representan una pérdida de más de seis mil individuos.

No queremos ahondar la nota pesimista afirmando que esos cinco mil socios lo son por primera vez. Muchos de ellos son reingresantes, pero por experiencia sabemos—al respecto nos faltan datos rigurosamente exactos—que la mayoría son socios nuevos, trabajadores que se asocian por primera vez.

Estas pérdidas no fueron evitadas por las conferecias públicas que el Sindicato patrocinó diversas veces, ni por los carteles murales de propaganda sindical, ni por ningún otro de los procedimientos conocidos. No será, pues, con la repetición de esos medios que se ha de restaurar nuestro Sindicato, cada vez más debilitado, como hemos visto. Repetirlo sería repetir los fracasos.

* *

Suelen ser consideradas como causas de este descenso aparentemente incontenible, la continua afluencia de inmigrantes, la importación de muebles y las crisis generadas por motivos locales.

Efectivamente, la afluencia constante de trabajadores procedentes de diversos países constituye una permanente amenaza a la estabilidad sindical, por las dificultades que ofrece su asimilación; y la importación de muebles contribuye a acentuar las crisis locales que tanto desmoralizan a los trabajadores, restándoles capacidad para la acción sindical.

Sin desconocer la importancia de estos factores, nos parece un error atribuirles una influencia tan poderosa como para imposibilitarnos para una reacción que nos permita, sino progresar, conservar, en cierto punto de nuestra trayectoria, las fuerzas adquiridas.

El mal de la excesiva inmigración, no es circustancial; lo hemos sufrido en casi todas las épocas. Lo mismo podemos decir de la importación de muebles y de los fenómenos locales generadores de las crisis de trabajo.

Con ligeras diferencias, la situación de hoy es la misma de ayer. Si la depreciación de la lira y el franco pudo aumentar la importación de muebles de Italia y de Francia, ese perjuicio fué neutralizado por la notable disminución de inmigrantes del norte y centro de Europa.

De que, en general, la situación de hoy es igual a la de ayer, lo prueba el hecho de que la escasez actual de trabajo no es más intensa que las padecidas en otras ocasiones, y quizá hubo alguna de éstas en que la desocupación en el gremio fué mucho mayor que en la actualidad.

Siendo iguales las situaciones, en lo que respecta a inmigración e importación de muebles y su consecuencia obligada la desocupación, no se explica que los hechos apuntados sean los causantes de nuestro descenso sindical, o que tengan toda esa importancia decisiva que se les atribuye.

Decididamente, debe haber una causa distinta de las apuntadas; y, en nuestra opinión, así es.

El fenómeno de ese descenso que se opera en nuestro Sindicato en una forma casi regular, ya se había manifestado en el Sindicato de Ebanistas, no obstante haber alcanzado esa organización un número de cotizantes—4.300—casi igual al de socios y obreros comprendidos en la industria, excepción hecha de los tapiceros, tallistas, doradores y torneros, que a la sazón contaban con organizaciones propias.

Y el descenso tuvo su origen en un hecho muy sencillo y de insignificante apariencia: en el cambio de sistema de cobranza.

Fué por un determinado sistema de cobranza que el ex Sindicato de Ebanistas—sin excluir, naturalmente, otras actividades complementarias—se elevó del estado de organización misérrima a la condición de gran sindicato, y como tal fué por todos reconocido; y fué por el abandono de ese sistema que la referida organización vino a menos, y por la misma causa se sigue reduciendo el de la I. del Mueble, cuyos efectivos, a pesar del aporte de los tapiceros, tallistas, torneros y doradores, son actualmente inferiores a los que aportó el Sindicato de Ebanistas al disolverse en el de la Industria. El promedio mensual de los cotizantes ebanistas en diciembre de 1923 era de 2.630; el de la Industria del Mueble en los primeros meses de 1927 no alcanza a 2.000.

El sistema que dió inmejorables resultados fué el de la cobranza a domicilio combinada con la cobranza en los talleres, esta última practicada todavía hoy, si bien con menos intensidad que otrora, y la otra abandonada por completo con el propósito de acostumbrar a los socios a efectuar el pago de las cotizaciones en la sede social.

El objeto que en tiempo del Sindicato de Ebanistas se perseguía al suprimir la cobranza a domicilio, no fué alcanzado. Muy pocos eran los socios que voluntariamente hacían innecesario el cobrador a domicilio, y la generalidad de las cotizaciones que se hacían efectivas directamente en secretaría debíanse al interés de los delegados que hacían las veces de cobradores.

Lo que se experimentó con los ebanistas, lo experimentamos actualmente con la organización que le sucedió, y, como entonces aquéllos, insistimos en cerrar los ojos a la evidencia, manteniendo un estado de cosas deplorable.

En nuestra organización, la cobranza a domicilio no representa sólo una cuestión de más dinero—por cierto muy apreciable como base de múltiples actividades necesarias—sino un método eficacísimo de organización.

La visita mensual al domicilio del socio, que a veces es quincenal, constituye un vínculo entre la organización y el individuo, de efectos muy provechosos y que no puede ser substituido por los métodos ordinarios de propaganda. Ni el periódico sindical, ni la circular consiguen sobre el socio lo que el cobrador con su acción personal. Porque el cobrador tiene, además, el carácter de un agente de propaganda sindical que, cuando no obra directamente sobre el socio, influye sobre su familia y allegados, en forma más eficaz que el papel impreso.

Con este sistema se ejerce sobre el socio un contralor por el cual es posible saber dónde vive, en que taller trabaja y en que condiciones lo hace, permitiendo metodizar la acción del Sindicato y orientar sus actividades en el sentido de que no sean estériles o de escaso rendimiento.

Se va así por medio del individuo a la organización perfecta del taller, método más eficaz que el de la conferencia pública dada al azar y a la que sólo concurren los voluntarios ,los que menos necesitan de ella.

Fué por conducto del individuo que el Sindicato de Ebanistas organizó el gremio en potente sindicato, llevando su contralor a la casi totalidad de los talleres, en donde lo mantuvo en los momentos más difíciles, cuando lo perdían completamente la casi totalidad de las organizaciones obreras del país.

Para llegar a esta altura, el Sindicato de Ebanistas no contó con condiciones especiales que lo favoreciesen. Atravesó crísis tan intesas como el Sindicato de la Industria del Mueble, a las que se atribuye sistemáticamente el malestar señalado, y hubo de resolver los mismos problemas que dificultan actualmente nuestro desarrollo. A pesar de eso, se mantuvo siempre en grado superior, lo que debe ser sensible para nosotros, que, en definitiva, somos los mismos hombres de ayer, a pesar de la nueva denominación sindical y no obstante la incorporación de los nuevos sindicatos afines, que por pequeños sólo en grado mínimo pudieron alterar la naturaleza de los hechos.

SILVETTI

---

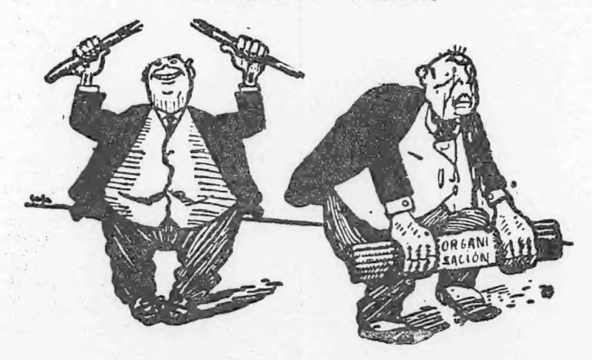
tado detrás de un formidable instrumento, desencadena una tempestad de notas sonoras sobre el dócil rebaño de los fieles. En seguida, se despiertan voces ardientes, le acompañan, formando un coro unísono, diplomáticos que viven de la intriga y de la discordia, militares impacientes de medrar, nacionalistas rabiosos, patriotas de carrera y pescadores en río revuelto. Y la juventud, educada en el culto a la guerra, une su voz infantil a este concierto bárbaro. Los órganos mugen siempre. Sus grandes voces de metal alternativamente se lamentan y amenazan: «¡Traición! ¡Revancha! ¡Se nos ahoga! ¡Se nos humilla! ¡Seamos fuertes! ¡Estemos dispuestos! ¡La guerra es inevitable!...» Y las potentes olas despiertan en la multitud prosternada los viejos instintos de orgullo y de temor, de odio y de lucha.

Y en la nave opuesta, las mismas manos invisibles desencadenan las mismas ráfagas sonoras, los mismos coristas acompañan los mismos himnos y la multitud se arrodilla estremecida por los mismos instintos.

Entonces los dos clamores, estimulados el uno por el otro, se esfuerzan en sobrepasarse. Las grandes voces metálicas gritan y rugen. Los cantos se elevan y acaban en gritos estridentes. Y cuando las dos multitudes fanatizadas, desvanecidas, se mueven al compás, acaban por chocar... Es la guerra...

MIGUEL CORDAY.

HISTORIETA SIN PALABRAS



Un sindicato defraudado

El sujeto Ramón C. Rojas ha defraudado en unos pesos al Sindicato de Carpinteros de Mar del Plata, del que era socio. Como puede tener interés en infiltrarse en otras organizaciones, si rendir cuentas de su conducta, valiéndose quizá de otro nombre, debemos decir que el raspa en cuestión es un poco rengo, blanco de piel, tiene el cabello rubio y mide más de un metro y setenta de altura.

Ojo con el ratero.

Nunca como en los momentos actuales fué sentida la necesidad de que la organización obrera del mundo entero se dote a sí misma de una concepción clara y sencilla que le permita considerar eficientemente todas las cuestiones que le plantea día a día el portentoso desarrolllo de su acción anticapitalista y emancipadora.

El sindicalismo, que es la filosofía de una acción vulneradora del régimen capitalista, fruto de la observación y experiencia de los hechos históricos producidos por el proletariado, es, a nuestro juicio, el único método aplicable con resultados prácticos inmejorables al fortalecimiento progresivo de tan grande labor y a la preparación de la victoria final.

L. B.

El idealismo obrero

¿Debe la organización sindical ajustar su acción estrictamente a determinados principios en procura de la emancipación de los trabajadores? Esta es la pregunta de ayer y de hoy, el escollo con que se ha tropezado siempre en tren de regular la acción sindical mediante determinados cánones doctrinales. ¿Cuál es la doctrina que mejor consulta los intereses de los trabajadores?

En nuestro concepto los principios que deben regir las actividades sindicales no pueden ser el fruto de concepciones teóricas, que pocas veces marchan acordes con la realidad, sino una resultante de la propia acción obrera.

No se trata, como caprichosamente pudiera imaginarse, de accionar ciegamente, inconscientemente, dejando librado al acaso el resultado de la lucha; no se trata de aversión hacia las ideas. Se procura, simplemente, de que los trabajadores no vean trabada su acción por el acatamiento de ciertas normas doctrinales preestablecidas; que las inspiraciones a que obedezcan no sirvan de impedimento para corregir sus errores sobre la marcha; que el movimiento sindical se desarrolle con agilidad y desenvoltura, sea dúctil, flexible y trate siempre de sacar ventajas para los intereses obreros de todas las acciones que emprenda. De tal forma, la mentalidad de los trabajadores aquilata con más cordura la situación de éstos en el régimen actual; fija, con una visión más clara, los medios de que deben valerse para mejorar sus condiciones de vida, y, finalmente, determina, con un sentido eminentemente práctico, la solución adecuada a las distintas, complejas e imprevisibles situaciones que depara la lucha. La acción obrera no aparece así subordinada a las lucubraciones jactanciosas de preceptistas, que creen haber aprisionado la vida, que es acción, movimiento y transformación constante de los seres y las cosas, en las sutiles mallas del pensamiento. La adaptación de la acción sindical a estos sistemas, elaborados a fuerza de indecibles torturas mentales, es funesta y superlativamente perjudicial para el movimiento obrero. A ellos se debe principalmente la situación de decadencia de los organismos sindicales; ellos han sido causa de muchos derramamientos de sangre inútilmente, y la macabra cadena cuyos eslabones los forman los incontables mártires de la causa obrera se debe mayormente al viejo prejuicio de los doctrinarismos. Son, indudablemente, resabios que quedan en nuestro espíritu de la leyenda que nos legara el mártir del Gólgota, sacrificado en aras de un idealismo enfermizo. En ese sentido la rememoración del 1.º de Mayo nos brinda preciosas enseñanzas. Basta ya de idealismos que embargan nuestro espíritu con la dulce delectación de un porvenir tan risueño y feliz como irrealizable, pero que solamente nos irrogan sacrificios, sin provecho ninguno, obscureciendo la visión clara de nuestros intereses de clase.

Venga en buenhora ese idealismo sano, que fluye de la propia acción sindical, que no traba ni subordina la acción obrera; que orienta a los trabajadores ,sanamente, noblemente, sin necesidad de magísters ni directores; venga ese idealismo que concibe la emancipación de los trabajadores no como el resultado de un movimiento catastrófico de efectos radicales, sino como la culminación de un largo período de incesantes mejoramientos en las condiciones de vida y de trabajo. Ese idealismo que no es socialista ni anarquista, sino pura y esencialmente obrero.

ABELARDO.

Epigrama

Conducía un escultor
Un santo sobre un pollino
Que de un convento vecino
Le había encargado el prior.
Y observando que al cruzar
Una vereda, las gentes
Se postraban, reverentes,
Cual delante de un altar,
Deteniendo el paso allí,
Dijo el asno, sin modestia:
—Pues si me tienen por bestia,
¿Por qué me aclaman así?—
A lo que, mientras le arrima
Un palo descomunal,
Replica el amo:—animal,
¡Por lo que llevas encima!

MANUEL CURROS ENRIQUEZ

Boicot a los alcoholes de Padilla, a la nafta Energina, al kerosene Aurora, al diario Lá Vanguardia y a los productos del canterista Ohlsson.

LA OBRA DEL FASCISMO

MUERTOS QUE CAMINAN

Aunque el fascismo está distante de llegar en sus represiones a la truculencia del bolsheviquismo, pues si bien el primero rige también por una legislación arbitraria apoyada en la violencia y sus secuaces cometen asesinatos en masa, tiene el atenuante de que sus sanciones se limitan a una reclusión más o menos severa y sus crímenes el de ser ejecutados al aire libre por hombres apasionados contra otros que pueden huir librando a sus piernas la salvación; en tanto que el bolsheviquismo los efectúa con la frialdad maquinal de una legislación singular que nada tiene que envidiar a la horrenda de los zares, dentro de los muros carcelarios contra masas de hombres y mujeres maniatados.

Pero también es justo significar que esta diferencia de procedimientos queda atenuada si se tiene en cuenta la capacidad de sufrimiento de ambos pueblos. El régimen fascista en Rusia lo sería de libertad no soñada, y el soviético, que quizá permita al pueblo ruso vivir y prosperar, en Italia sería para los italianos su desaparición del mundo a corto plazo por muerte o por dispersión. Desde el punto de vista de esta sensibilidad distinta, no cabe duda, pues, que el fascismo es una dictadura tan tiránica como la soviética. Esto puede verificarse si se observa el profundo desconcierto psicológico que produce en una gran cantidad de hombres, sujetos a ese régimen, que fueron distinguidos universalmente por su intelectualidad en los diversos órdenes del pensamiento.

Hay una calidad de hombres de constitución psicológica delicada, para quienes ciertos procedimientos inferiores de tiranía que sólo hieren el orgullo son más temibles que la muerte. El fascismo conoce bien esta particularidad y sabe que el bastón y el aceite de ricino matan moralmente a todo espíritu superior, que ante esta contingencia se abate y enmudece más temeroso que del asesinato legal o del puñal traidor.

Esto explica por qué en Italia van desapareciendo, no los hombres libres de acción o de pensamiento, sino las acciones y los pensamientos libres de los hombres. Y hasta, lo que es más doloroso porque da la medida de la terrible tragedia de estos espíritus, algunos se arrojan a enaltecer el mismo tóxigo que los anula, con su deseo incontenible de continuar siendo hombres libres. Así, lo que ayer habría sido para ellos la vuelta a un pasado ominoso, lo miran hoy, en sus alardes de simulada libertad de criterio, como un experimento feliz de política social renovadora.

Y si esto sucede en el espíritu de hombres jóvenes, en quienes el movimiento obrero—por citar una actividad pública—había depositado su confianza, bien o mal depositada pero libre en la medida de su capacidad, ¿por qué admirarse de que otros, ya en el rápido declive de la senectud, olviden su prestigioso pasado, colocándose la máscara fascista que los libre del garrote sevicio y de los purgantes excesivos cuyo cuerpo no podría soportar?

Este es el caso, entre otros muchos, de Enrique Ferri, político socialista militante y mentor destacado del *gremialismo proletario* italiana; sabio penalista discípulo de Lombroso y hoy maestro en esta rama científica y paladín internacional en sus congresos de la escuela positivista en legislación penal, en cuyas sabias reuniones era escuchado con respeto tanto por su ciencia como por sus admirables dotes oratorias. ¿Qué ha hecho el socialismo de este pequeño grande hombre que en su patria estuvo durante mucho tiempo a un paso de sumarse a los regidores del Estado?

Causa vértigo colocarse con el pensamiento en la cumbre donde con su magnífica verba triunfaba y asomarse al abismo dònde hoy se debate produciendo lamentables—lamentables por lo sofísticas y por lo violentas—apologías del régimen político que en su país domina con la insignia del bastón y del aceite de castor.

Enrique Ferri murió. No lo es el anciano cuya decrepitud mental no discierne ya de modo superior a Musolini, que dice producir el renacimiento de la estirpe moderna por procedimientos de gobierno antitéticos a los practicados por los inmortales creadores del Derecho. La sombra de Ferri no distingue tampoco a un grotesco fascista de un antiguo romano, así sea éste Catilina.

Ella ve en Benito Mussolini «un místico cuando habla de Italia y sus destinos», de esta Italia que se pauperiza y se despuebla agobiada por este singular misticismo.

Esta sombra ve que bajo el régimen del fascismo, «los contratos colectivos de trabajo y las diferencias y los conflictos que surjan ya no serán resueltos anárquicamente mediante las huelgas o las clausuras, sino mediante las sentencias dictadas por el magistrado del trabajo, tal como las sentencias de los magistrados civiles y penales resuelven los litigios entre deudor y acreedor y entre ladrón y robado», y no ve la sombra de este jurista la falacia grosera que plantea identificando veredictos sobre luchas pretéritas con sanción anterior, y contratos de trabajo que son acciones para lo futuro libradas en todo medio civilizado a la libertad y conveniencia de los contratantes, y que cuando estos caracteres desaparecen, anulada la voluntad por la coacción, la esclavitud de hecho de los trabajadores se hace legal e irremediable. Actualmente, sólo en Rusia se hallaría algo semejante, donde no se usan «la libertad de huelga y otros medios términos por el estilo».

Esta sombra ve «que Mussolini no es un enemigo de los trabajadores, así como tampoco lo es de los capitalistas, sino que quiere reducir a unos y a otros a la disciplina social en el interés supremo de la nación», y no ve que la nación está compuesta de trabajadores y de los que viven del trabajo de éstos, en perenne contradicción de intereses, y que vedándoseles a aquéllos el derecho de emanciparse, las palabras «derechos supremos de la nación» no tienen sentido o significan los derechos supremos de la explotación capitalista.

Esta sombra confiesa que «es verdad que hoy por hoy las libertades públicas están muy limitadas en Italia», pero replica en seguida: «ante todo, eso no importa un grave sacrificio para el pueblo italiano en su gran mayoría, como que el pueblo italiano sólo ha podido usar de la libertad política desde hace cincuenta años, puesto que en los pasados siglos, antes de su independencia nacional, estuvo siempre sujeto al dominio extranjero de los franceses, los tudescos, los españoles, los árabes, etcétera», y es lástima que no recuerde que aun dentro de esta limitación fascista, es más feliz que en la época cuaternaria cuando sus progenitores, gimnastas eximios, vivían, no obstante, pendiente la vida de un hilo, saltando en los bosques de rama en rama para huirle al oso de las cavernas y a otros monstruos prediluvianos más terribles que Mussolini.

La sombra del fervoroso parlamentarista ejecutor perito de obstrucciones y otras altas artes de política parlamentaria, ve «que teniendo presente los *excesos del parlamentarismo* que en Europa han producido la impotencia para efectuar las grandes reformas sociales, Benito Mussolini se ha dado una orientación propia, reforzando el Poder Ejecutivo (Gobierno) frente al Poder Legislativo (Parlamento), lo que por lo demás acaece también en América con el régimen de la presidencia, que en substancia es una especie de dictadura legal, con la diferencia de que lo es a plazo fijo», y no ve que Mussolini no ha disminuído el poder del Parlamento frente al Poder Ejecutivo sino que lo ha fortalecido, agrandado, fragmentado y extendido, dándole por sede todo el territorio italiano donde funcionan los fascios, siendo el Quirinal sólo el asiento de su comité ejecutivo, y que jamás hubo parlamento que cometiese más positivos excesos; como asimismo no ve que calumnia a la burguesía americana, pues que en América no existe dictadura legal, desde que, si bien no parlamentarios, sus gobiernos son formalmente de esencia democrática.

Y ve, en fin, la sombra de Ferri que Mussolini es «sencillo y expontáneo, sin gesto ni actitud alguna de solemnidad», y no ve que es precisamente por exteriorizar en grado sumo cualidades contrarias a ésas que gobierna ese que se hace llamar El Duce. Que el pueblo italiano, pueblo de artistas y espectadores de artistas, admira y aplaude hoy al gran istrión, que apareció en su tablado político convertido en un nuevo Circo Romano con sus fieras y sus víctimas.

Pero el espectáculo se torna monótono, y aunque ya decrépito, confiamos ver con vida aun el cuerpo de Ferri cuando sus conciudadanos exclamen: «é finita la commedia».

No volverá Ferri al parlamento, ni deseamos el resurgimiento del parlamento que fué su teatro, ni esperamos ningún fruto de las reformas escenográficas de Mussolini; pero nos domina la esperanza de que del mismo modo que el fascismo puso a prueba las luces intelectuales de muchos hombres considerados superiores apagándolas con ricino, las condiciones adversas que establece para los trabajadores sobre el mito de la unidad de raza y de nación, con el objeto de borrar de su espíritu todo deseo de independencia de clase, contribuya, por el contrario, a revelarlo purificado de sectarismos y banderías que cultivaron en ellos quienes hoy, apagados, son simples sombras temblorosas.

J. P.

Hechos y comentarios

UN CONTRASTE

Al margen de los dos sindicatos en que está dividido el gremio, un núcleo de choferes ha formado un «comité de unificación», que, como la denominación lo indica, tiene por objeto reunir las fuerzas dispersas de los trabajadores del volante en un solo organismo sindical.

La dispersión de los choferes—los dos sindicatos que existen no alcanzan a reunir la décima parte del gremio—data de mucho tiempo atrás, y los que se esfuerzan por contenerla, o al menos la ven con desagrado, la atribuyen a la división sindical provocada por la diversidad de las ideas políticas de esos trabajadores y a su falta de interés por la organización.

Pero esas observaciones chocan con esta otra realidad: que esos mismos obreros dispersos, del punto de vista sindical, por ideas políticas opuestas, se mantienen perfectamente unidos en otra organización profesional; hecho que nos conduce a dudar también de la afirmación que atribuye a esos obreros falta de interés por la organización.

¿A qué se debe este contraste ?

Posiblemente de su estudio saquen los interesados la conclusión que necesiten para orientarse en su labor de reorganización sindical evitando la repetición de fracasos anteriores.

X. X.

EL DEPORTE DE LA HUELGA

« Cada nación en la tierra, tiene un rasgo prominente», escribió cierta vez un buen hombre que tenía el vicio de decir las cosas en verso. Y, en efecto, así como Inglaterra se destaca en el fútbol y el polo en materia de deportes, y Estados Unidos en el boxeo, aquí, en la Argentina, sobresalimos en la práctica del inofensivo deporte de declarar huelgas generales.

En otros países, especialmente en aquellos en que los trabajadores tienen un buen caudal de experiencia en materias sindicales, la huelga general es el recurso extremo a que se apela siempre, usando de ella con tino y moderación. En nuestro país, por el contrario lo primero que se hace por un quítame allá esas pajas es declarar huelga general.

Aunque las actividades productivas no se alteran mayormente por estas declaraciones, los resultados, por lo general, no son desalentadores: no se consigue lo que se «exige», pero muy raro es que no queden algunos cuerpos magullados por los machetes policiales y otro buen número en la «capacha».

Ultimamente se realizó una huelga general, por tiempo indeterminado, a causa de la condena recaída sobre los obreros Sacco y Vanzetti, condenados a la pena capital por la justicia yanqui. (Eso del tiempo indeterminado se explica por la circunstancia de que no hay mayormente diferencia entre los tiempos normales y aquellos en que hay huelga general)

Mientras que los obreros de Norte América, que, más interiorizados y afectados por el hecho, por haber ocurrido éste en el propio medio en que actúan, se han limitado a realizar manifestaciones de protesta, aquí, para demostrar que seguimos siendo lo que siempre fuimos..., nos hemos apuntado con una huelguita.

Hagamos la salvedad de que no todos los obreros de nuestro país tienen la cabeza en donde algunos tienen las patas, y, debido a esa circunstancia el movimiento quedó reducido a lo que debía ser: una simple chirinada.

Ahora ,lo único que falta, es la fulminación de los traidores. Ya aparecerá en algún diarito de esos que Dios puso sobre nuestra ciudad como un tábano, para picar los bolsillos de los ingenuos y mantenerlos siempre «engrupidos», alguna declaración fulmínea y tonante, rematada con las tradicionales palabras: «¡Nos han traicionado!»

A.

Observaciones

Voy a exponer varios hechos que ocurren en nuestro Sindicato y el juicio que me merecen, por considerar esta labor de utilidad para todos.

DE LAS ASAMBLEAS

Tiempo atrás, cuando se llamaba a asamblea para renovar la C. A. de nuestro Sindicato, no se conseguía número, porque no concurrían por temor de que se les designara para ocupar un puesto de trabajo. Ahora el fenómeno es a la inversa: debido a la lucha partidista, cuando debe renovarse la C. A. nuestras asambleas son

mucho más concurridas y numerosas por el efecto de la propaganda que los diversos grupos realizan.

Las asambleas en que no hay renovación alguna se realizan con concurrencia más reducida.

Esto debe ser obsevado por los «liders» para que el gremio al concurrir a nuestras asambleas no vaya con la única misión de elegir y luego de cumplirla retirarse sin tener en cuenta ningún otro asunto de la orden del día, siendo que hay problemas de vital interés para la marcha de nuestra organización, que esperan una solución inmediata.

Esto ha podido comprobarse en forma terminante en nuestra última asamblea, que durante las votaciones para elegir la C. A. éstas arrojaban alrededor de 400 votos y en los otros asuntos posteriores descendió a unos 200 votos.

Esto lo determina la política de los grupos que sólo se interesan por la dirección, gastando todas sus energías única y exclusivamente con dicho objeto; para esto imprimen listas de candidatos, realizan reuniones previas, donde se incita a los partidarios a concurrir a votar. Los demás asuntos y problemas de interés para la clase obrera al parecer no existen o no tienen importancia, y no vale la pena realizar reuniones para discutirlos, ni imprimir un volante para ilustrar y capacitar al gremio y poder así darle una solución adecuada a los problemas.

Esto es tan cierto que en nuestra última asamblea, para aprovechar la concurrencia se resolvió alterar la orden del día y votar la renovación de la Comisión antes que el informe de Secretaría.

En todas las organizaciones es una práctica establecida por la lógica discutir primero el informe de Secretaría, el cual debe ser pasado al gremio con anterioridad a la asamblea que debe tratarse, cosa que no hizo nuestra C. A., y luego, después del estudio del mismo y de acuerdo con la posición que se adopte en la discusión la asamblea valorizará la eficacia del trabajo realizado, aprobando o rechazando dicho informe, reeligiendo o no a los compañeros que apoyaron o realizaron dicha labor. Sólo así se puede pronunciar con acierto una asamblea.

Pero si esto no se realiza y se vota la C. A. con anterioridad a la discusión de la labor ejecutada, es simplemente acostumbrar al gremio a una mala práctica.

Es igualmente una desconsideración a la asamblea y al gremio en general la actitud de la C. A. al retirar de la orden del día el punto que la asamblea anterior había resuelto incluir como primer punto para la discusión referente a la ley de asociaciones gremiales, como asimismo no poner a consideración del gremio la situación de lo U. O. Local y la designación de los delegados para tratar dicho asunto, tan grave que se refería a una división del movimiento obrero. Correspondería hacer eso para que la responsabilidad de los hechos fuese del Sindicato y no de la C. A.

En resumen, diré que debe quedar como norma, tratar primero el informe de Secretaría y después renovar la C. A. Y que asuntos a presentarse en la próxima asamblea por resolución de ésta no sean retirados por la C. A. del orden del día. Tratándose de designaciones de delegado para asuntos importantes debe ser también la asamblea la encargada de eso, después de discutir y resolver el asunto.

FORMA DE ASIMILAR LOS SOCIOS NUEVOS

Actualmente no se hace ninguna propaganda a los socios nuevos, condición esta que dura tres meses.

Los socios nuevos, por su condición de tales, deben de contar con una dedicación y propaganda especial y mayor aun que a los viejos asociados, debiéndole enviar la organización periódicamente hojas de propaganda, periódicos, etc., y al mismo tiempo realizar asambleas periódicas de socios nuevos, tratando de ir formando en ellos una idea clara de su situación como explotados y de sus deberes como organizados.

Y, si fuera posible, tratar de engranarlos en la organización, dándoles a desempeñar alguna labor.

PERSONALES QUE SE DESORGANIZAN

Creo que se debe a la falta de contacto con la organización y que los delegados no realizan las funciones de tales.

Esto se subsanaría en parte: 1.º que nuestra Secretaría citara en forma metódica y continua a los personales; 2.º estando en contacto con los delegados y recibiendo por intermedio de los mismos informes de la situación real de los talleres; 3.º capacitando en general a los asociados y especialmente a los delegados.

LA VOZ DE LOS TALLERES

Nuestra Secretaría debe estar al corriente de la situación interna de cada taller para poder impedir así la pérdida de los mismos por causa de la pérdida paulatina de las fuerzas que la organización poseía en ellos.

Nuestro periódico debe tener una hoja a disposición de todos los asociados para que expongan y denuncien los atropellos y los problemas que se plantean dentro de los talleres.

CAPACITACION DE LOS DELEGADOS

En nuestra organización han desempeñado el cargo de delegado millares de compañeros, y la mayoría no ha asimilado ninguna enseñanza en beneficio de la organización. Hay que ligarlos a la organización. Cada delegado debe pasar a la secretaría un informe mensual, por escrito, cuyo informe será estudiado por la Comisión Administrativa y puesto a consideración del respectivo personal, cuando contenga asuntos de interés.

En los talleres de importancia deben formarse comités de fábrica.

Deben realizarse mensualmente reuniones de delegados, para la capacitación de los mismos, donde se discutan los problemas de nuestra organización, como también problemas generales, los cuales serán enviados por intermedio de hojas impresas con anterioridad, para su estudio, y facilitar así su comprensión.

Esta labor tiene más importancia y urgencia para nuestra organización que la creación de la escuela de dibujo, con su deslumbrante plan de estudio y sus deslumbrantes propiedades revolucionarias.

DE LAS TACTICAS DE LUCHA

En vez de ir enriqueciendo nuestros métodos de lucha vamos perdiendo algunas prácticas saludables.

El sabotaje y la lucha continua contra los destagistas y bolicheros parece que han sido olvidados. Es necesario emplearlos nuevamente, junto con las demás prácticas agregadas al movimiento obrero internacional por las luchas habidas en los últimos años—huelga de mineros, etc., etc.

ASIMILACION DE LAS DIVERSAS RAMAS—TAPICEROS, ESCULTORES, TORNEROS Y DORADORES

Nuestro sindicato no ha llenado las funciones de un sindicato de industria, y no ha conseguido, por lo tanto, asimilar los diversos sindicatos fusionados. No se han tenido en cuenta sus características de lucha ni la situación especial de los mismos, lo que trajo como consecuencia perder efectivos y mejoras conquistadas en momentos que había abundancia de trabajo que permitía afianzar las existentes y mejorarlas.

MATEO FOSSA

POR FABRICAS Y TALLERES

Tres huelgas, tres triunfos del Sindicato y una derrota de la patronal

La escasez de trabajo porque atravesó el gremio el año pasado fué causa de que muchos patrones hayan adquirido, de todas las malas costumbres a que son tan afectos, la peor: la de no pagar con regularidad al personal, no obstante exigirle a este el estricto complimiento de sus obligaciones.

De estos patrones, quien ha logrado una posición destacada por su aversión a pagar con regularidad a sus obreros, es el señor Schujman. Por tal causa hubo de soportar más de una huelga en poco tiempo, las que no han logrado corregirlo totalmente. En la actualidad sigue cojeando de la misma pierna y preparando los ánimos del personal a una tirantez de relaciones que no sería difícil se tradujese en un nuevo conflicto.

¿Sería posible conseguir que el señor Schujman se haga a la idea de que al tomar un obrero a su servicio contrae la obligación de pagarle semanalmente sus jornadas de labor, del mismo modo que el obrero contrae la obligación de respetar el horario y alcanzar cierto límite en la producción?

Con ser grave este defecto, no es el único que padece el señor Schujman. El último conflicto habido en su casa lo provocó por el capricho de imponer al personal un obrero ageno al sindicato. Advertido de su proceder incorrecto, manifestó que deseaba hacer un ensayo de trabajo con «personal libre». Que el que estuviese de acuerdo con su actitud, bien; y el que no, a la calle. Y el personal se fué a la calle dispuesto a la lucha.

Reclamó el patrón la ayuda de la policía, dió al vigilante de facción en la esquina próxima al taller unos pesos, con una generosidad que no usa tratándose de obreros, y se dispuso a la resistencia.

Pero esta parada de hombre resuelto, le duró pocos días. Cuando advirtió que los vigilantes costaban pesos y no hacían muebles, decidió prescindir de ellos y gastar esos pesos con quienes son capaces de retribuirlos con creces. Pidió una delegación al Sindicato y manifestó que quería poner fin a la lucha. La lucha terminó, comprometiéndose el patrón a respetar la organización no dando trabajo a personas agenas a la misma. Esto ocurría a la semana de iniciarse el conflicto.

* *

De igual duración que la anterior, hubo también una huelga en el taller de Blas Cassibba.

Fué este conflicto el corolario de una serie de gestiones infructuosas para que la casa se pusiese al día con sus obreros respecto al pago.

Cuando se produjo el conflicto, el patrón adeudaba a algunos de los obreros tres semanas de trabajo.

Fué tan beneficiosa la actitud de los obreros, que, al instante de declararse en huelga, la casa satisfacía el pago de dos semanas y, pocos días después, pagaba el resto de la deuda.

Conseguido esto, el personal acordó reanudar las tareas, no sin antes rechazar el deseo del patrón de reducir el personal a su gusto, pretextando falta de trabajo.

En contraposición a este deseo patronal, los compañeros resolvieron implantar el turno y en tal condición reanudaron el trabajo.

La conducta de este personal fué ejemplar.

* *

El personal de la fábrica de sillas de Bertolini y Porratti, ubicada en Thames 460, vióse en la necesidad de declararse en huelga por las causas siguientes:

Estos patrones habían logrado salvarse de la general obligación de pagar todas las semanas, haciéndolo, en cambio cada dos. Para neutralizar la posible resistencia obrera a ese sistema, habían introducido la costumbre de que el personal pidiese dinero a cuenta en el curso de la quincena. En uso de ese derecho fomentado por los mismos patrones, pidió dinero a cuenta un determinado compañero, siéndole negado. Esto motivó una protesta del compañero, que los patrones consideraron ofensiva, y, para hacerse «justicia», lo despidieron.

El personal, en conocimiento de lo ocurrido, se fué derecho al grano, y resolvió eliminar de la práctica de la casa el motivo de la expulsión del compañero. En consecuencia, solicitó el pago semanal. Con el pago semanal se evitarían los pedidos de dinero a cuenta, y los incidentes a que daban lugar quedarían de hecho eliminados.

No obstante la modestia de la petición, los patrones se exasperaron y se mantuvieron en una obstinada negativa.

—¡No, no y no¡—rugían—¡Pues no faltaba más que que se nos viniese a gobernar en nuestra propia casa!

Como el personal tampoco estaba dispuesto a que los patrones lo gobernaran al querer mantener el privilegio de pagar cada dos semanas, frente a todos los patrones que pagan semanalmente, resolvió hacer huelga.

Esta actitud terminó de sacar de quicio a los patrones, quienes, así desquiciados, profirieron amenazas apocalípticas y juraron hacer de todo antes que aflojar.

Su primera actitud fué la de engrasar los cojinetes de alguos vigilantes de la sección para que sus resortes funcionaran mejor en beneficio del «mantenimiento del orden»—¡como adoran el «orden» los patrones en tiempo de huelga!,—que en este caso significaba la persecución de los huelguistas, y luego se dirigieron a la Sociedad de Fabricantes de Muebles, filial de la Asociación del Trabajo, para que pusiese en juego los poderosos medios de acción de que dice disponer para malograr las huelgas y elevar al pináculo de la victoria la causa de los patrones.

Lo primero que hizo la patronal fué relegar a los patrones a un segundo plano. Que no se preocupasen. Ella, sabia y previsora, arreglaría todo. Llenaría el taller de competentísimos «obreros libres», hasta el techo. Les protegería de cualquier atentado a la «sagrada libertad de trabajo» y hasta ataría los perros de la casa con longanizas, si fuese necesario al triunfo.

Al día siguiente los diarios decían que se necesitaban muchos obreros silleteros y afines en Donato Alvarez 1152 y Rincón 1160, que son los famosos rediles de la Asociación del Trabajo. Desde estas borreguerías, los incautos desocupados eran conducidos a la fábrica, que ya estaba custodiada por tres o cuatro atorrantes de la Asociación, conocidos viejos de nuestro gremio.

Los patrones reventaban de satisfechos y en su alegría estuvieron tentados a arrojar a la calle las herramientas de los huelguistas.

Aquello iba a marchar magníficamente.

Los huelguistas que asomaban por las esquinas eran corridos por los vigilantes, ágiles por los efectos del engrasamiento patronal, siendo atrapados algunos de ellos y conducidos a la comisaría.

Cuando parecía que todo estaba listo y los huelguistas apenas eran una lejana pesadilla en la memoria patronal, se intentó poner en marcha el carro de la producción. Pero éste estaba tan encajado que no pudo moverse. La patronal, su conductor, no daba pie con bola.

Los escasísimos carneros que había no servían para nada, ni para recibir palos; los pocos obreros engañados que pudieran ser útiles fueron retirados de la casa por la influencia de los huelguistas. Lo que quedaba, los atorrantes de la Aasociación destinados a la vigilancia, no servían para trabajar; los vigilantes de la esquina, tampoco. Y unos y otros costaban dinero a los patrones como si trabajaran.

¡Buena macana era eso de los «poderosos medios» de la patronal para ayudar a los patrones en trance de huelga! ¡Para ayudar a fundirlos si que era valiosa!

Así, viendo claro, los patrones se decidieron a ocupar el lugar de directores que les había usurpado la patronal con aire de suficiencia al comienzo del confleto, y desde él arreglar sus asuntos con la organización obrera, pues en manos de aquellos piratas el conflicto acabaría por arruinarlos.

Fué entonces que los señores Bertolini y Porratti prometieron al Sindicato pagar al personal todas las semanas. La readmisión del compañero despedido quedaba descartada por haber resuelto éste no volver a la casa.

Los pocos carneros que había en la casa salieron de ella ligeros como liebres, afirmando algunos que para semejante paga no valía la pena ser borregos, y los vividores de la Asociación del Trabajo, bajo el peso de su fracaso, se replegaron a la guarida de la calle Rincón. Como en el mundo hay muchos sonsos y de ellos no están libres las filas patronales, aun confían los elementos de la Asociación en que sus servicios serán requeridos por algún otro patrón acosado por una huelga.

Los compañeros huelguistas reanudaron el trabajo, convencidos de que cuando se lucha con entusiasmo y reina la fraternidad entre los trabajadores, la victoria suele ser el final de todo esfuerzo.

LA HUELGA ACTUAL

El personal de Dobrin, Bak y Kamen, taller ubicado en Rojas 1640, se encuentra en huelga desde hace días para mejorar sus condiciones de trabajo, desde todo punto de vista inferiores a las que rigen en los demás talleres.

Se trata de un taller que hasta ahora estaba desorganizado, no obstante ser sindicados la mayoría de sus obreros, y por tal causa el jornal más alto que se pagaba era de siete pesos por día, trabajándose a la semana 48 horas como mínimo, y efectuándose el pago los días que más convenía a los patrones.

Aparte estas razones, la huelga tiene por objeto reincorporar al taller a un compañero despedido por motivos de organización.

Los otros puntos del pliego de condiciones establecen un salario mínimo de $ 1.10 la hora para los oficiales y 20 por ciento de aumento para los que no alcanzan esa categoría.

Todas las tentativas patronales para malograr el movimiento fracasaron, y el triunfo obrero no se hará esperar si los huelguistas se mantienen firmes en la lucha.

UN AUMENTO EN LOS JORNALES

El personal del taller de Naddeo y De Felipe obtuvo, en general, un aumento en los salarios de cinco centavos por hora.

El pedido era de diez centavos por hora. Los patrones, creyendo satifacerlo, prometieron aumentarlo en dos y medio. Con semejante salida, la huelga era inminente y para evitarla accedieron al aumento de cinco centavos.

HECHOS VARIOS

En el taller de Ginesin y Zaviezo se accidenjar los jornales a cinco obreros del personal. El hecho motivó la intervención del Sindicato, el que malogró el propósito patronal.

En el taller de Ginesin y Zaviezo se accidentó un compañero del personal, negándose el patrón a pagarle el salario íntegro conforme lo tiene establecido el Sindicato. Quería aco-

gerse, simplemente, a la ley de accidentes, de la cual, como es lógico suponer, es un gran admirador. Intervino el Sindicato para hacer respetar sus decisiones, lográndolo.

En la fábrica de mesas de comedor de Jaime Copman hubo un principio de huelga que tuvo su origen en el empeño patronal de dar trabajo a un individuo sin tarjeta sindical y que, por añadidura, no estaba sindicado.

La actitud resuelta de los compañeros del personal obligó al patrón a desentenderse de toda clase de relaciones con el intruso, quien quedó a merced del personal y éste resolvió expulsarlo del taller.

Una gestión del Sindicato dió como resultado que en el taller de Goren se pague a los accidentados en la forma establecida por la organización. Este patrón pretendía pagar sólo medio día de jornal a un obrero accidentado.

Si es absurdo querer cambiar las relaciones de burgueses a proletarios, de proletarios a locatarios, de patrones a asalariados, de capitalistas a productores, allí donde los proletarios, locatarios, asalariados no se encuentran—en la administración, en el gobierno y donde la vida no se crea, donde no es asegurada, bien al contrario,.en el dominio de la política—es por el contrario urgente realizar la emancipación del pueblo, precisamente donde se halla, donde pasa la mayor parte de su jornada, allí donde la vida social se elabora constantemente: en el lugar de trabajo.

J. W.

Bombitas sospechosas

Con motivo de la bomba que hizo explosión en la casa en que vive el prefecto general de puertos, contraalmirante Hermelo, la policía ha procedido a la detención de unos cuantos obreros afiliados a la Federación de Obreros en Construcciones Navales y a la Federación Obrera Marítima, suponiéndolos autores del atentado.

¡Cuán sospechosas son esas bombitas que, lejos de dañar a las personas contra quienes se supone van dirigidas, apenas si lesionan, casi siempre levemente, los intereses de los caseros, rompiendo algún pedazo de revoque o aflojando las tablitas mal sujetas de algunas persianas o puertas!

¿Estará en el interés de los obreros afiliados a las entidades que hemos citado realizar hechos de esta naturaleza, que, por lo general, sólo irrogan molestias e inconvenientes para el buen desenvolvimiento de sus acciones reivindicadoras?

¿Pueden hechos de esta índole tener la virtualidad necesaria para introducir modificaciones favorables a los intereses sindicales en los coflictos entre Capital y Trabajo?

La experiencia nos dice que no; pero, aun admitiendo que haya obreros que, obsesionados por ideas raras, producto del fanatismo más que de la reflexión, atribuyan a estos «atentados» virtualidades que en realidad no tienen, eso no constituye una razón de peso para que la policía busque siempre en los medios obreros a los petardistas.

¿Qué razón induce a las autoridades a desconfiar tanto de los obreros y no de los patrones y de las asociaciones reaccionarias como la Liga Patriótica y la Asociación del Trabajo?

¿Por qué no pueden ser autores de estos atentados, agentes patronales o de las asociaciones reaccionarias que hemos mencionado?

Que la policía no sólo busque en los medios obreros a los autores de estos atentados, sino que haga lo propio en los medios patronales. Eso es lo justo.

Cabe pensar que haya más interés de parte de los patrones que de los obreros en que esos hechos se produzcan. Porque el corolario de todos estos atentados es la clausura de los locales sindicales, la persecución de los militantes más activos y otros mil obstáculos que restan eficacia a la acción sindical. Los obreros no pueden tener interés en crear estas situaciones de violencia.

Lo repetimos: esas bombitas que no hacen más que rasguñar puertas y paredes, son bastante sospechosas.

R. P.

Desde el primero de abril rige el horario de invierno en todos los talleres de nuestra industria, debiendo comenzarse el trabajo de tarde a las 12.30 para abandonarlo a las 16.30.

Normalización de la U. O. Local

Una circular de la Unión Sindical Argentina

Después de las incidencias conocidas, se efectuó una reunión de la mayor parte de los sindicatos de la capital, a objeto de deponer al Comité que indebidamente detentaba la representación de los sindicatos, y nombrar otro en su lugar.

De este hecho da cuenta el C. Central de la U. S. A. en la circular que reproducimos a continuación:

Compañero secretario general

Por la presente cumplimos con el deber de informar a usted, y por su intermedio a los demás compañeros, los resultados de la asamblea de delegados que este C. C. convocara para el sábado 12 del actual y que se llevó a cabo con la representación de los sindicatos que más abajo se detallan.

Antes de informar de los resultados de esta asamblea, queremos referirnos a los sindicatos que están adheridos a la U. S. A. y, por ende, a la U. O. L de Buenos Aires y al número de cotizantes de cada uno, tomando por base el promedio de los tres últimos meses cotizados a la U S. A.

Componen la U. O. L. 26 sindicatos, con un total de nueve mil cuatrocientos seis cotizantes (9.406), de los cuales han concurrido 15 sindicatos, con un total de 7.548 cotizantes.

Sindicatos representados:

Caldereros Navales, 739 cotizantes; Pinteres y Rasqueteadores, 496; Gorreros, 30; Cocineros y Pasteleros, 423; Galponistas, 98; Afines al Automóvil, 213; Letristas, 40; Industria Metalúrgica, 1.319; Industria del Mueble, 2.100; Carpinteros Navales, 287; Obreros en Calzado, 1.756; Picapedreros, 89; Marineros (eximidos); Foguistas (eximidos); Cocineros de a bordo (eximidos).

Sindicatos que no concurrieron:

Panaderos Israelitas, 40 cotizantes; Biseladores, 90; Calafates, 104; Cartoneros, 100. Empleados de Comercio, 164; Industria Textil, 476; Sastres y Anexos, 146; Albañiles, 32; Mozos y Anexos, 117; Metalúrgicos Navales, 539.

Total: 11 sindicatos, con 1.858 cotizantes.

En razón, pues, de haber una mayoría de *cuatro* sindicatos y otra, abrumadora, de *cinco mil setecientos treinta y dos* cotizantes, se constituyó la asamblea y se resolvió lo siguiente: destituir el Comité Local, cuyo secretario es Mora, y nombrar otro en su reemplazo, comunicando al Comité depuesto—comunicación que esta secretaría hizo llegar personalmente a Mora—que el martes 15 debía hacer entrega al nuevo Comité designado.

La resolución fué tomada por unanimidad de votos.

El nuevo Comité, quedó constituido como sigue:

E. Echeverría (Caldereros), Teófilo González (O. en Calzado), José García(Industria del Mueble), Jacobo Brum (Gorreros), Luis Zamorano (Industria del Mueble), C. Rossi (O. en Calzado), José Milani (O. en Calzado), Rafael Greco (I. Metalúrgica), Gregorio Maidana (Marineros), Resnik (Letristas), Carlos Gómez (Foguistas).

Suplentes: Adán Ibañez (Industria del Mueble), Juan B. Palenzana (O. en Calzado), L. Casullo (I. Metalúrgica), E. Vázquez (Afines al Automóvil) y José Neyra (Galponistas).

En la reunión efectuada por el nuevo Comité el martes ya citado, y como no concurriera nadie del Comité depuesto para hacer entrega de la U. O. L, se resolvió conminar a éste a hacer entrega de útiles y demás en un plazo no mayor de ocho días, a partir de los cuales, si no se hiciera entrega, el nuevo Comité levantaría un inventario de todo lo existente en la secretaría de la U. O. L. y se haría cargo de la misma.

Ahora bien: como ven los compañeros de ese sindicato, se ha llegado finalmente a la normalización de la Unión Obrera Local de Buenos Aires por la voluntad expresa de la mayoría de los trabajadores que la componen, por lo que es de desear que el nuevo Comité Local cuente con el apoyo de ese y de todos los sindicatos adheridos para que pueda desarrollar una labor eficiente para los intereses de la organización sindical.

Los resultados de esa reunión han venido a justificar la acción y las gestiones del Comité Central de la U. S. A., pues ella ha demostrado que, exactamente como nosotros lo sosteníamos, el viejo Comité Local no contaba con la confianza y el apoyo de la mayoría de los sindicatos adheridos, siendo las consecuencias de esa falta de apoyo la situación calamitosa de la Unión Obrera Local y la anormalidad de su funcionamiento.

Corresponde ahora que aquellos sindicatos que por diversas circunstancias no han concurrido a la reunión del día 12 ,se interesen en adelante en aportar su concurso al nuevo Comité a los efectos ya expresados.

Era prevista la actitud del ex Comité local

El ex Comité Local, de tan desgraciada actuación al frente de la U. O. L., acaba de ser depuesto por una reunión de delegados de la capital, que puso fin en esa forma a una situación realmente vergonzosa e intolerable. Lo resuelto por ella no puede ser objetado: es esa la resolución que se esperaba y la que demandaba el interés de la organización, que no puede estar a merced de lo que un grupo irresponsable de sectarios quiera hacer.

Nadie, en efecto, puede discutirle al Comité Central la facultad de intervenir en una institución del carácter de la Local, cuando en ella se violan las más elementales prácticas sindicales y la voluntad de los sindicatos adheridos es desconocida por aquellos a quienes la casualidad puso a su frente. No es ésta, además, la primera vez que un Comité Central interviene para solucionar situaciones semejantes, que, si en su oportunidad fueron objetadas por los que se vieron defraudados en sus esperanzas por la sanción recaída, lo fueron únicamente por ese motivo y no porque desconociesen el derecho que en esos casos asistió a los Comités para intervenir.

En el caso de la U. O. L. de Buenos Aires, esa intervención está más que en otro alguno justificada porque ella fué pedida por la mayoría de los sindicatos que a esa institución adhieren y que, por ser también adherentes a la U. S. A., se encontraban en una situación curiosa y absurda. Si a los tres Comités que en el asunto intervinieron se les puede tildar de algo, es, ciertamente, de demasiado complacientes y tolerantes. La resolución tomada hace pocos días debió ser tomada hace mucho tiempo: cuando varios sindicatos de importancia desconocieron al C. L. y cuando éste, en una reunión de delegados, les negó el derecho de hacer los cargos que se disponían a hacer para justificar ese desconocimiento. Y no desconocemos, al decir esto, los motivos que esos Comités han tenido para proceder en esa forma, motivos que habrán sido, indudablemente,, los de evitar una lucha que ninguna consecuencia buena podría traer; pero tal procedimiento, bueno en otras muchas ocasiones, resulta inútil cuando se observa, como en esta se observó, que una de las partes tiene interés en que la situación subsista porque ella le ofrece campo propicio para la aplicación de sus tácticas de «oposición despiadada» y de obstrucción a una obra que está interesada en desprestigiar siempre que no favorezca sus planes de dominación.

No es nuestro propósito el analizar una vez más las causas que dieron origen a la situación a que la reunión de delegados convocada por el C. C. puso fin. Son éstas demasiado conocidas por todos y resultaría, por lo tanto, una repetición de todo lo que se ha dicho lo que ahora pudiéramos decir. Pero, se ha producido un hecho sobre el que no podemos callar. El hecho es el de la división del proletariado local, producido por los mismos hombres que dieron origen a la situación anormal en que estuvo viviendo la U. O. L., que han concluído así por demostrar sus verdaderas intenciones.

No nos toma de sorpresa lo ocurrido. Es más: lo esperábamos. Todas las actividades de esta gente, la mala voluntad demostrada para solucionar satisfactoriamente la situación de la Local, tendían a este fin. Y así como no nos hemos equivocado al pronosticar este resultado, creemos no equivocarnos tampoco ahora si pronosticamos que ese elemento que, aparte de su obra disgregadora, nada hizo, desarrollará ahora una actividad asombrosa. Está en su elemento. El escándalo le sirve admirablemente para hacer destacar sus minúsculas personillas, tan hinchadas de vanidad como hueras de sentido común y de buenas intenciones.

Con un total de siete sindicatos representados, que reunen entre todos 998 cotizantes, en una reunión realizada en el local de esa rama del partido comunista que se llama Socorro Rojo Internacional, han dejado constituida una nueva U. O. L., desde la cual, de ahora en adelante, desarrollarán sus actividades sectarias. Y es esta reunión y la constitución de esta Local, lo que más claramente pone al descubierto la inmoralidad de estos hombres y su absoluto desprecio por todas las prácticas honestas de la organización. En una votación normalmente hecha, solamente nuestro sindicato pesa más que todos los asistentes a la reunión a que nos estamos refiriendo, puesto que los componentes de ellos no alcanzan a la mitad de los que componen el nuestro.

Consumado el primer acto de la comedia que se desarrolló en la U. O. L., abusando de la paciencia de los sindicatos y de la tolerancia de los Comités de la U. S. A., preparémosnos a asistir a la representación del segundo, que se desarrollará en la pseudo institución formada, y a los preliminares del tercero, que sería desconocer el medio en que actuamos si no vaticináramos que será la constitución de un Comité Pro Unidad, desde el cual se batirá nuevamente el parche de la unificación.

Como los malos autores de comedias, estos comunistas no encuentran argumentos nuevos para construir las suyas y repiten constantemente uno solo. Su capacidad de «vanguardias» la demuestran así. Dividen primero y tratan de unificar después. Y todo ello, señor, no tiene otro objeto que el de dar motivo a los futuros comisarios del pueblo para gritar y poner de esta manera en evidencia sus raquíticas personalidades.

FIERRO

Un colegio de jesuítas

I

Tierra adentro y cara al mar, asentado sobre una loma de los aledaños de Regium, está el «Colegio de Segunda Enseñanza de la Inmaculada Concepción». Lo regentan los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús.

Es una mole cuadrangular, cuyas terribles dimensiones hácenla medrosa; la desnudez de todo ornato, inhóspite, y la rojura viva de ladrillo de que está fabricada, insolente. No tiene estilo. Su fachada lisa de meticulosa austeridad, abierta por tres ringlas de ventanales, se ofrece a la mirada inquisitiva del viandante con la tristeza sorda y hostil de los presidios, de los cuarteles y de los establecimientos fabriles. Sábese que es casa de religión porque hay una gran puerta ojival rematada por una cruz, al extremo siniestro del frente, según se mira, a la cual conduce una escalinata de piedra; un campanario voladizo de hierro, a manera de jaula de micos, en el tejado y a plomo sobre aquella puerta, y unas letras de oro contiguas al altar, promediando el casón: A. M. D. G.

El edificio está a cosa de un tiro de piedra de la carretera real que conduce a tierras de Castilla. Entre el camino y el colegio, así como aislador de paz que aquiete y embote el tráfago del siglo y sus pecaminosas estridencias, hay pradezuelos mullidos, muy rapados y verdes; los cortan aquí y acullá unas veredas de arena pajiza, las cuales, reptando y curvándose con cierta blandura jesuítica, van a meterse en el convento, por debajo de las puertas. Véase como por medio de un sencillo expediente nos inculcan provechosa lección, a tiempo que se nos pone al cabo del espíritu de la Orden; porque veredicas y pradezuelos, lo mismo que la propincuidad con la carretera, todo ello obedece a plan y concierto. Quiere decirse que no lejos del camino de perdición está el cobijo de la gracia y para entrar en el reino de S. M. Divina, de la cual son ministros tan irresponsables como el propio sobearno los Reverendos Padres de la Compañía, es menester trocar las holgadas y prósperas vias del mundo por pequeños y tortuosos senderitos, abajarse, rastrear, humillarse.

II

¿Cómo y con qué recursos se edificó el colegio?

Dios, que viste de piedra, cuando no de ladrillo, las buenas intenciones, y de hermosura al lirio de los valles, y da alimento al pajarillo, y pajarillos al milano, dispuso la marcha de los días de manera que en Regium se alzase un cuartel de su amada milicia.

La Compañía de Jesús tiene por norma invariable no comenzar la construcción de una casa si no se cuenta de antemano con todo el dinero preciso para darle fin. Lo contrario redundaría en deshonra del instituto, poniéndole quizá en tren de pedigüeñerías y mendigueces.

Las primeras avanzadas de batidores, en este fornido ejército ignaciano, llámanse residencias. Son las residencias, pequeñas delegaciones que andan desparramadas por capitales de provincia y por pueblos ricos, viviendo de la misa y de la predicación y explorando el terreno, por si fuera a propósito para hacer una magna sementera de gracia.

En las últimas décadas del pasado siglo, llegó a Regium una de estas delegaciones. La componían los Padres Anabitarte, Olano, Lafont y Cleto Cueto, con el Hermano Mansilla. Los enviaba al cacique de la región, don Nicolás Sol e

FREEDON
127 Assailston. St. N.W.
LONDRES
(Inglaterr

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 — BUENOS AIRES

Il, aquel célebre y ridículo político de la barba enmarañada y esponjosa, de la elocuencia enmarañada y esponjosa, del intelecto enmarañado y esponjoso. Alojáronse en un segundo piso de la plaza de Sol e Il, improvisaron una capillita, y con esto rompieron ya el avance hacia la conquista de la «madreselva», que es como ellos, en la intimidad, llaman a la beata.

Las primeras jornadas fueron duras. Hubo noche en que los cinco religiosos se acostaron con las tripas horras.

Apenas si se decían misas, a causa del estipendio de cinco pesetas que la Compañía tiene fijado. Las gentes de Regium murmuraban: «¡Mi alma, cinco pesetas! Están locos. ¡Si pagamos una a don Robustiano y cuando mucho dos!!» En su ignorancia teológica ignoraban que las misas oficiadas por jesuitas logran mayor eficacia que ninguna otra misa. Abundan razones que lo abonan. El Eterno nos ha patentizado, en el curso de lo temporal, su afición a la lengua del Latio. El arameo no lo eligió, ni el griego, ni el sanscrito, ni el hebreo, ni el catalán— nobilísimas lenguas todas—para la lengua litúrgica, sino el latín; infundió en Virgilio el soplo profético y en Ovidio la complejidad y sutileza amatorias que, andando el tiempo, habían de ostentar los casuistas. La prosodia latina es más que la de todos esos infelices curas de chicha y nabo; bien lo saben y no se recatan para decirlo. Claro está que en el Cielo, así que celebra misa un Padre de la Compañía, el Eterno y su estado mayor central se vuelven locos de contento porque le entienden todo lo que dice, y, naturalmente, le hacen caso. Además los jesuitas tienen muy buenas formas. Esto es, no que resplandezcan en urbanidad o que sus miembros se caractericen por cierta turgencia escultórica, sino que las partituras que emplean para consagrar son de clase extra y de mucho tamaño, por lo cual, en el punto curioso y sublime de la transubstanciación, Jesucristo encuentra holgado alojamiento, y lo agradece mucho. Todo lo que antecede, ha sido revelado a un venerable de la Compañía, y, como se supone, fué revelándose con toda cautela a las personas piadosas de Regium las cuales, habiéndose iniciado, satisfacieron fervorosamente las cinco del estipendio.

Y, sin embargo, la residencia no prosperaba. El Padre Olano había llegado a formar frondoso cerco de madreselvas en torno a la viña del Señor; de ellas carcamales y fétidas momias; de ellas, también, lindísimas muchachas y muy bellas casadas. El Padre Cleto Cueto mantenía comercio cotidiano con los politicastros católicos del pueblo; logró fundar un periódico nocedalino: «La Reconquista». Anabitarte y Lafont cultivaban de su parte sendos círculos de relaciones masculinas y femeninas. Ninguno de los cuatro daba paz al zapato, recorriendo de continuo la provincia. Pero el dulcísimo y fecundísimo dinero acudía con parquedad y dolorosas intermitencias. En vano asediaban la casa de los ricachos santurrones de Pilares, la capital, insinuándoles con dulzura oleaginosa y sahumerios de palabras suaves; cuando, cerca de don Anarcasis Forjador, el multimillonario de semítica traza, bandolero de asalto en guarida, que no era otra cosa su banca; cuando sobre el marqués de San Roque y Fort, por la gracia de Su Santidad León XIII, foragido sacristanesco más que marqués, que de lo uno llevaba cuatro meses mal contados y de lo otro algunos lustros poniendo a parir caudales ajenos, en amorosa complicidad con su hermano, canónigo, incurso en simonía. Se les acogía bien, se les proporcionaba lastre para la andorga, hasta se les socorría a pretexto de ciertas devociones, pero ¡con cuanta miseria! ¡con qué torpe y mal velada avaricia!

III

Recibióse en la residencia una carta del Provincial. Decía: «Miren que, a lo que entiendo y por lo que se me dice, esa tierra es rica y va para más; que se abren nuevas minas y muchas fábricas cada día; que los tiempos son de impiedad, de peligro para la Compañía y para la Iglesia de Cristo; que toda esa parte la tenemos en barbecho, porque si se quitan las provincias puede asegurarse que el Norte nos ignora; que un colegio ahí paréceme que urge, etc., etc.» Luego: «Dícenme que hay una viuda de un tal señor Zancarro, mujer delicada de salud, pero de mucha fortuna. Infórmense con discreción amadísimos Padres, que el asunto es de mucha monta para el servicio de Dios. Probablemente les enviaremos al Padre Sequeros. A. M. D G.»

Al leer el anuncio del envío, siquiera fuese de un hermano en religión, los de la residencia arrugaron el morro, vejados y hostiles. Luego, cambiaron una ojeada en silencio. Sequeros gozaba de mucho renombre dentro de la Compañía por haber socaliñado en Paris unos millones de pesetas a la vieja duquesa de Villabella hallándose la dama en trance de muerte.

Llegó Sequeros a Regium. Era un mozarrón de erguida testa y modesto ademán; sanguíneo, hermoso, abierto de corazón y de carácter, candoroso y leal; sus ojos miraban siempre al suelo o al cielo; la voz, clara y masculina, ignorante de inflexiones capciosas e hipócritas; en el espíritu, voraz fuego apstólico y amor divino sin medida.

A poco de llegar a Regium se le tenía por santo. La mayoría de las «madreselvas» se pasaron a Sequeros; le besaban la sotana y el fajín y le decían: «¡Santín de Dios!», a lo cual el joven religioso sonreía, apartándolas dulcemente de su camino, porque él tenía una alta misión que cumplir: buscar los materiales para la ciudad de Dios.

Los vecinos de Regium echaron de ver muy pronto la ventaja que Sequeros llevaba a sus hermanos. Por lo pronto, no llevaba los hombros constelados de caspa como Olano y Anabitarte; ni tenía los dientes podridos como Lafont; ni se dejaba la barba de cinco días como Cleto Cueto. Se puede ser santo sin ser puerco. Sequeros era una «jesuita verdad», según la leyenda que el vulgo de ellos ha creado. Las «madreselvas» daban por descontada la aristocracia de su cuna. Todas las puertas se le abrían. Se le abrió, por ende, la de la viuda de Zancarro. Había sido el tal un desaforado bandido que, en ocasión de las guerras coloniales, apilara su fortuna en la administración militar. Negarónle el trato los de Regium, lo persiguieron y enfrentaron con tanta saña que él, acorralado, determinó suicidarse. Su viuda cayó en maniática religiosidad; no tenían descendencia.

Los jesuitas, con caritativo desinterés, se aplicaron a consolarla. La viuda rehuyó semejantes consuelos. Cuando Sequeros apareció, fué otra cosa. A poco de conocerlo no podía pasar la vida si requerir su presencia una vez cada dos días, por lo menos. Fiaba en él y creía en su santidad. Sequeros repartía sus horas entre la oración y la viuda. Habiéndose agravado la enfermedad de la señora, las visitas pasaron a ser diarias.

Una mañana llegó Sequeros a la residencia, atropellando con todo y con las pupilas en ignición. Se precipitó en la capilla y cayó de hinojos ante un cromo de San Ignacio. Sus compañeros curioseaban desde la puerta del oratorio; pellizcábanse y se hacían guiños. Salió el Padre Sequeros. La lumbre de los ojos se había atenuado. El Padre Cleto preguntó, balbuceando:

—Bueno, ¿qué?

—Ha fallecido.

—¿Testamento?

—Hecha una santa.

—¿Testamento?

—Testamento.

—¿Cuánto?

—Seis millones de reales.

—Collegium habemus.

Y se abrazaron todos.

A la hora de comer, hubo pollo, de extraordinario. Terminados los postres, sorbían plácidamente el café, cuando el Padre Lafont arremete contra el Padre Anabitarte, superior provisional.

—«¡Ah, mon Pére! ¡C'est un grand jour!» (¡Ah, padre mío! ¡Este es un gran día!) Yo creo que sería bien oportuno una pequeña copa de ron.

—Sí, Padre. Yo también creo que merece la pena celebrar el día con honesto regocijo.

—Sea. Mansilla, danos acá la botella de ron.

Sequeros se niega a beber. Los demás porfían. Al fin, accede. Levántase con la copita en alto. Síguenle los otros; chocan las copas. Sequeros tiene el rostro bañado en luz interior:

—¡Ad Majorem Dei Gloriam!

R. Pérez de Ayala

Es obligación de todo compañero estar al corriente en el pago de las cuotas extraordinarias de solidaridad.

A fin de no entorpecer la marcha de la organización es obligación de los compañeros dar cuenta a la Secretaría del cambio de domicilio.

Sindicato O. de la I. del Mueble

FUNCION Y CONFERENCIA

en conmemoración de la histórica fecha del 1.º Mayo, a realizarse en el salón GIUSEPPE GARIBALDI, **Sarmiento 2419,** el 30 de Abril, a las 20.30 horas.

PROGRAMA

1.ª PARTE

1.º **"Hijos del pueblo"**, por la orquesta.
2.º Representación del 1^{er} acto del drama social del camarada Jenaro Scarano, titulado **"La Nueva Generación"**.
3.º Conferencia sobre un tema de actualidad por el doctor Emilio Troise.
4.º 2º acto de **"La Nueva Generación"**.

2.ª PARTE

1.º Concierto de violín por el joven Mario Perini.
2.º Recitado de poesías por la primera actriz Electra Bilbao.
3.º Canciones populares por la señorita Acracia Castro acompañada con guitarra.
4.º **"Recuerdos de la Alhambra"** de Tárrega, por la guitarrista niña Elsa Romeo.
5.º Canzonetas napolitanas por el barítono Luis Lorenzo, acompañado al piano por el señor Rodolfo Alleva.

Los entreactos serán amenizados por una selecta orquesta. Los camaradas intérpretes de la obra, como así también los demás participantes de este extenso programa, prestan su valioso concurso desinteresadamente.

ENTRADA GENERAL $ 0.50
Niños gratis

El sindicato obrero

La acción de las organizaciones obreras dentro del régimen actual, es ilimitada, por cuanto ellas no se dedican sola y exclusivamente a arrancar reformas a la clase patronal, y luego petrificarse ante esos triunfos, que sólo transitoriamente pueden mejorar las condiciones de vida del trabajador, dejando subsistir la parte fundamental, causa del malestar de los productores: la propiedad privada de los medios de producción y transporte.

La acción de las organizaciones obreras se dedica por entero a realizar por sus propios elementos una labor completa de capacitación; no tan sólo para transformar la estructura de la actual sociedad, sino también para la capacitación necesaria, para la administración de esa nueva sociedad que surgirá un día no muy lejano de entre los escombros de la sociedad actual, basada en la explotación del hombre por el hombre.

En efecto: la lucha diaria que las organizaciones realizan viene a beneficiar a los trabajadores que actúan dentro de ellas, mejorando sus condiciones de vida, obteniendo mayor remuneración en el trabajo, mayor respeto por parte de los capataces y directores dentro del taller o fábrica, y diminución de las horas de labor, que le permite dedicar mayor cantidad de tiempo a la lectura, aumentando el caudal de conocimientos de los problemas sociales, que, unido a los conocimientos prácticos que la lucha enseña, desarrolla su espíritu solidario y aumenta su capacidad combativa.

Estas cualidades necesarias para toda lucha, sólo pueden ser adquiridas dentro del Sindicato. Fuera de allí, es puro lirismo.

El sindicato obrero viene a ser la agrupación esencial y única de los trabajadores, pues, bajo su bandera sólo tienen cabida los individuos que tienen intereses idénticos que defender. Es la agrupación corporativa de individuos de un mismo gremio o industria.

El sindicato obrero lleva su acción revolucionaria, no sólo contra el capital, sino también contra el Estado y la Religión, pues esta trilogía es lo que constituye la base de nuestra explotación.

El capital no es otra cosa que el sudor del obrero, el fruto del trabajo de éste, retenido indebidamente por el capitalista con el pretexto de *recompensar* los desperfectos sufridos por la maquinaria en su uso diario, más los *intereses del capital empleado por sus dueños en la compra de la materia prima*, y otras cosas por el estilo. A primera vista aparece como el resultado de su esfuerzo individual o de su mérito personal; pero, en realidad, es el fruto de su avaricia y de su astucia; o, en una palabra, es el fruto del *robo*.

Y para legalizar el robo el capitalista ha instituído el Estado, que no es otra cosa que el comité que administra las cosas de los ricos, y salvaguarda sus intereses con una escrupulosidad tal, que es suficiente el menor síntoma de rebeldía por parte de los obreros para que el Estado corra en su ayuda y proteja *su* propiedad. El Estado, a su vez, para mantener su soberanía y su estabilidad, ha creado otros diferentes organismos, entre los cuales descuella la policía y el ejército, encargados ambos de ahogar en sangre las manifestaciones del malestar proletario.

La Religión no es otra cosa que un agente eficaz del Estado, subvencionado por éste, con el objeto de acaparar la niñez en sus manos y tenerla sepultada en las tinieblas, haciendo que la luz de la ciencia no traspase los dinteles del obscurantismo, y que no puedan posesionarse de la verdad, a fin de que sirvan de puntales al actual orden de cosas.

Como se ve, el Estado está compuesto por la misma clase capitalista, bien ramificada por cierto, y que, por lo tanto, es necesario combatirla en toda forma, por todos los medios de que dispone la clase trabajadora, y es necesario que ésta se mantenga alejada de las componendas políticas, y no esterilice su esfuerzo para alcanzar lo que nunca alcanzará; pues inmiscuirse en esas farsas es legalizar el gobierno de los ricos y dar nuestra conformidad con el actual régimen, al mismo tiempo que se demuestra la impotencia de combatirlo por nuestras propias armas.

R.

Nuestra sociedad moderna está constituida de tal manera que produce «profesionales del pensamiento» sin empleo, y esos profesionales no cesarán de fabricar proyectos de reformas, ofreciéndose a aplicarlas.

Las ideas son como las mercaderías: los propietarios las producen sin tener pedidos, haciendo luego esfuerzos desesperados para colocarlas con el mayor provecho posible.

J. Sorel